1. INTRODUCCIÓN

Lo difícil de explicar en cuanto a cómo los chicos de la clase media consiguen trabajos de clase media es por qué los demás les dejan. Lo difícil de explicar respecto a cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera es por qué ellos mismos lo consienten.

Es demasiado fácil decir que es que no tienen más remedio. La manera en que el trabajo manual se aplica a la producción varía en los distintos tipos de sociedades desde la coerción de las ametralladoras, balas y tanques hasta la convicción ideológica de masas del ejército industrial de voluntarios. Nuestra sociedad liberal está en medio de ambos extremos. No hay una coerción física evidente y sí, en cambio, un cierto grado de autonomía de la voluntad. Esto se produce a pesar de la inferior remuneración, de la consideración social indeseable, y de la creciente falta de sentido del trabajo manual; en pocas palabras, de su situación en el nivel más bajo de una sociedad de clases[1]. La finalidad principal de este libro es la de arrojar algo de luz sobre este sorprendente proceso.

Se considera con demasiada frecuencia que las aptitudes profesionales y educativas de los miembros de la clase obrera desde un punto de vista reduccionista, como si los jóvenes obreros en peor situación tuvieran que aceptar los peores trabajos sin ponerlos en cuestión, haciéndose el razonamiento de que «admito que soy tan

---

[1] Hay cantidades ingentes de estadísticas que muestran unas diferencias sistemáticas entre la clase obrera y la clase media en Gran Bretaña. No hay mucho desacuerdo respecto a la fiabilidad de estas estadísticas y el último volumen de *Social Trends* (n.º 6, 1975, HMSO) reúne la mayor parte de los datos oficiales. El 63% de los cabezas de familia ejerce algún tipo de trabajo manual. Cuanto más baja sea la clase social, más reducidos son los ingresos y mayores las posibilidades de desempleo, de peores condiciones de trabajo, de enfermedades o invalidez laborales. Ver también para distribución de salud e ingresos: A. Alkinson, *Unequal Shares*, Penguin, 1974; F. Field, *Unequal Britain,* Arrow, 1974.

estúpido que es legítimo que me pase lo que me queda de vida apretando los tornillos de las ruedas en una fábrica de automóviles». Este modelo gradiente tiene que asumir por fuerza una lectura de nivel cero, o casi cero, en su base. Los individuos reales que se encuentran en lo más bajo de la escala apenas podrían obtener puntuación alguna más que por estar vivos, sin contar con su humanidad. Puesto que esos individuos, por lo general, distan mucho de ser cadáveres ambulantes, sino que en realidad están llevando a la crisis a todo el sistema, este modelo tiene una evidente necesidad de revisión. La economía del mercado de trabajo en una sociedad capitalista no se extiende, desde luego, a una economía de mercado de las satisfacciones.

Pretendo sugerir que los chicos «fracasados» de la clase obrera no asumen simplemente la curva descendente de trabajo donde la abandonan los chicos de clase media con menos éxito o los de clase obrera con más éxito. En vez de asumir una línea cada vez más estrecha de aptitud en la estructura profesional clasista tenemos que considerar las rupturas radicales representadas por las zonas de contacto de las formas culturales. Observaremos la manera en que el modelo cultural de «fracaso» de la clase obrera es bastante diferente y discontinuo de otros modelos. Aunque tenga, en un contexto determinado sus propios procedimientos, sus propias definiciones, su propia estimación de aquellos otros grupos considerados convencionalmente como de más éxito. Y esta cultura de clase no es un modelo neutral, ni una categoría *«mental»*, ni un sistema de variables enfrentado con la escuela desde el exterior. Comprende experiencias, relaciones y conjuntos de tipos sistemáticos de relaciones que no sólo establecen un conjunto de «opciones» y «decisiones» concretas en momentos concretos, sino que también estructuran de manera real y experimental la forma en que se realizan y definen en primer lugar estas «opciones».

Un objetivo conexo y subsidiario de este libro es examinar aspectos importantes y centrales de la cultura obrera a través del estudio concreto de una de sus más reveladoras manifestaciones. El interés original que me incitaba a esta investigación se centraba, desde luego, en la cultura obrera en general, lo que me llevó a observar a los jóvenes varones no académicos descontentos y su adaptación al trabajo como momento crucial y privilegiado en la continua regeneración de las formas culturares de la clase obrera en relación con la estructura más esencial de la Sociedad —las relaciones de produccion.

Ambos conjuntos de intereses se refieren de hecho al importante concepto de fuerza de trabajo y a cómo se organiza en nuestra sociedad para aplicarlo al trabajo manual. La fuerza de trabajo consiste en la capacidad humana de actuar sobre la naturaleza mediante el uso de herramientas, con el fin de producir bienes para la satisfacción de las necesidades y para la reproducción de la vida. El trabajo es una actividad humana universal que no ha dejado de sufrir todo tipo de cambios a lo largo de la historia, que adopta formas y adquiere sentidos específicos en distintas clases de sociedades. Los procesos a través de los cuales llega a entenderse subjetivamente y a aplicarse objetivamente la fuerza de trabajo y sus interrelaciones tienen un significado profundo para el tipo de sociedad que surge de ellos, así como para la propia naturaleza y formación de sus clases. Estos procesos contribuyen a la construcción tanto de las identidades de los sujetos particulares como de las formas distintivas de clase en el nivel cultural y simbólico así como en el nivel estructural y económico.

La identidad de clase no se reproducirá realmente mientras no haya pasado por completo a través del individuo y del grupo ni se haya recreado en el contexto de lo que se presenta como violación individual y colectiva. El punto en el que la gente vive auténticamente y no de prestado su destino de clase se alcanza cuando lo que es dado se reforma, se refuerza y se aplica a nuevos fines. La fuerza de trabajo es un importante eje alrededor del cual se mueven todos estos procesos porque es el modo principal de conexión *activa* con el mundo: el método *par excellence* de articular el yo interno con la realidad exterior. Se trata en realidad de la dialéctica del yo hacia sí mismo a través del mundo concreto. Una vez que se ha alcanzado este pacto básico con el futuro, todo lo demás puede pasar por ser de sentido común.

Mantengo que el medio específico en que se produce una determinada concepción subjetiva de la fuerza de trabajo y la decisión objetiva de aplicarla al trabajo manual es la cultura contraescolar de la clase obrera. Ahí es donde se comunica a los individuos y a los grupos los temas obreros en su propio contexto determinado y donde los chicos de la clase obrera desarrollan creativamente, transforman y finalmente reproducen en su propia praxis las características de la cultura general de la sociedad, de una forma que les lleva directamente a determinados tipos de trabajo. La parte I del libro presenta una etnografía de la cultura contraescolar de los varones de raza blanca de la clase obrera. En beneficio de la claridad y de la incisión se han dejado de examimar otras variables étnicas y sexuales, sin que ello implique que se las considere menos importantes.

Precisamente hemos de anotar aquí que la existencia de esta cultura ha sido considerada convencionalmente, y especialmente por los medios de comunicación, en su apariencia sensacionalista de violencia e indisciplina en las aulas[2]. La elevación de la edad de abandono de la escuela (Raising of the School Leaving Age, RSLA) en Inglaterra en septiembre de 1972 parece haber puesto de relieve

[2] Ver, por ejemplo, «Control experiment», *The Guardian*, 18 de marzo de 1975; «They turn our schools into a jungle of violence», *Sunday Express*, 9 de junio de 1974, por Angus Maude MP; *Discipline of terror», y «In our schools... defiance, gang war and mugging», Sunday People*, 16 de junio de 1974; y la película de Angela Pope en BBC Panorama, «The Best Years?», emitida el 23 de marzo de 1977.

los aspectos más agresivos de la cultura[3]. Las principales organizaciones sindicales de profesores encargaron informes especiales[4] y negociaron apoyos sindicales para la exclusión de «elementos perturbadores» de las aulas. Más de la mitad de las autoridades locales de Inglaterra y Gales organizaron clases especiales en las escuelas, e incluso «santuarios» separados, como en el caso del centro de Londres, para estos muchachos. El Secretario de Estado para la Educación ordenó una investigación de carácter nacional en todo este campo[5]. La desorganización y la inasistencia a clase ocupaban un lugar importante en el orden del día del «gran debate» convocado por el Primer Ministro Sr. Callaghan sobre la educación[6].

Por lo tanto, siguiendo mi razonamiento de que es su propia cultura la que prepara con mayor eficacia a algunos chicos de la clase obrera para que entreguen su fuerza de trabajo al peonaje, podemos decir que hay un elemento de auto-condena en la forma de asumir los roles subordinados en el capitalismo occidental. Sin embargo, esta condena se experimenta, paradójicamente, como un verdadero aprendizaje, como afirmación y apropiación e incluso como una forma de resistencia. Por añadidura, en la Parte II se mantendrá la tesis, a través del análisis que hago de la etnografía expuesta en la Parte I, de que hay una base objetiva para estos sentimientos subjetivos y para tales procesos culturales. Implican una penetración parcial de las condiciones que determinan realmente la existencia de la clase obrera, claramente superiores a las versiones oficiales divulgadas por la escuela y por instancias administrativas. Únicamente sobre la base de una articulación cultural de este tipo con sus propias condiciones, los grupos de jóvenes de clase obrera participan en su propia condena. La tragedia y la contradicción estriban en que esas formas de «penetración» son limitadas, distorsionadas y contrapuestas, generalmente de forma no intencional, a consecuencia de unos complejos que abarcan desde procesos ideológicos generales y los que se producen en la escuela y organismos con funciones de guía o fuera de ellos, hasta la amplísima influencia ejercida por la forma de dominación patriarcal y sexista que existe en el seno de la propia cultura obrera.

[3] Incluso el informe oficial sobre el primer año del RSLA, conocido por su optimismo, en contraste con todos los demás comentarios, reconoció que había un «foco de disidentes» y registró una «fuerte impresión de que la mala conducta había empeorado». Informe DES sobre educación. *The First Year After RSLA*, abril 1975.

[4] Ver National Association of School Masters, «Discipline in Schools», 1975; NAS, «The retreat from Authority», 1976; National Union of Teachers, Executive Report, «Discipline in Schools», de la Conferencia de 1976.

[5] Información de *The Guardian*, 27 de junio de 1976. Ver también J. Mack, «Disruptive Pupils», *New Society*, 5 agosto 1976.

[6] En un importante discurso pronunciado en el Ruskin College, Oxford, en octubre de 1976, el Primer Ministro Sr. Callaghan apeló a un «gran debate» sobre la educación en el que se examinaran algunas de las nuevas técnicas educativas, la «incomodidad» de los padres, la posibilidad de un «currículum esencial» y «unas prioridades (educativas)... destinadas a garantizar la eficacia... mediante una hábil utilización de los 6.000 millones de los presupuestos actuales».

Por fin, en la parte II expondré que los procesos de autoinducción hacia el proceso laboral constituyen un aspecto de la regeneración de la cultura obrera en general, junto con un notable ejemplo de las complejas conexiones que tiene esa cultura con las instituciones estatales reguladoras. Desempeñan una función importante en la reproducción global de la totalidad social y, muy especialmente, en la reproducción de las condiciones sociales necesarias para que se dé un determinado tipo de producción.

Esa es la columna vertebral del libro. En pos de tales objetivos, contribuye a algunos otros campos. Explora el paradigma educativo en el corazón de la enseñanza de nuestras escuelas, haciendo una crítica de la orientación profesional, y sugiere algunas explicaciones de la persistente incapacidad de la educación pública para incrementar las oportunidades de los chicos de la clase obrera[7]. En la parte II hay también una intervención en la discusión de la forma en que se generan los estereotipos sexuales en relación con el patriarcado y el capitalismo, así como algunas notas dirigidas a explicar en el plano teórico los respectivos status y formas de relación entre la cultura y la ideología.

Los métodos cualitativos y la Observación Participante de que se ha hecho uso en la investigación, así como la forma etnográfica de la presentación, me fueron dictadas por mi interés por «lo cultural». Estas técnicas son apropiadas para registrar este nivel y son permeables a los significados y valores, así como capaces de representar e interpretar las articulaciones simbólicas, las prácticas y las formas de la producción cultural. Particularmente, el registro etnográfico, sin que se sepa siempre cómo puede permitir que cale en el análisis y en la experiencia del lector un cierto grado de actividad, creatividad y mediación humanas. Esto es vital para mis propósitos, en los que la visión de lo «cultural» no se reduce a un conjunto de estructuras internas trasferidas (como ocurre en las nociones normales de socialización) ni el resultado pasivo de la acción de una ideología dominante (como en ciertos tipos de marxismo) sino que al menos en parte, es el resultado de la praxis humana colectiva.

Estudio intensivo de Hammertown

En la investigación contenida en este libro se han hecho un estudio de un caso principal y cinco estudios comparativos. El estudio principal versaba sobre un grupo de doce chicos no académicos de clase obrera, en una ciudad que llamaremos Hammertown (*) cuya

[7] A. H. Haisley declaró, aún después del apoyo recibido de un seminario de la OCDE sobre «Educación, desigualdad y oportunidades», que «aún estamos lejos de una cabal comprensión... de por qué el logro educativo está tan firmemente ligado al origen social» («Would chance still be a fine thing»), *The Guardian*, 11 de febrero de 1975.

(*) Literalmente «ciudad del martillo» (N. del T.).

escuela llamaremos Hammertown Boys. Fueron seleccionados sobre la base de vínculos de amistad y pertenencia a algún tipo de cultura oposicional en una escuela de ambiente obrero. La escuela se construyó durante los años de entreguerras, en el corazón de viviendas protegidas, construidas en la misma época, muchas de ellas con jardín, en un estado razonable de conservación y comunicadas a través de un laberinto de calles y avenidas, que dispone de numerosos bares y muchas tiendas y pequeños supermercados.

Durante el período de la investigación, la escuela era sólo para chicos. Se trataba de una escuela secundaria moderna y no selectiva vinculada a una escuela de chicas del mismo status. Al terminar la investigación, se reconvirtió en una escuela comprehensiva para un solo sexo, como parte de la reorganización general de la enseñanza secundaria en el municipio. Durante el periodo de investigación, debido al cambio esperado y a la presión de los acontecimientos, preparándose para el RSLA (prolongación del periodo escolar), la escuela se estaba ampliando en edificios e introduciendo y experimentando con algunas nuevas técnicas. La división por grupos en función del rendimiento («streaming») se reemplazó por grupos de aptitudes mixtas, se introdujo un centro de creatividad, se hicieron experiencias de enseñanza en equipo y programas de desarrollo de planes de estudios, llevándose a cabo también un muestrario completo de nuevos cursos opcionales a la vista del «año RSLA». Contacté con el grupo al comienzo del segundo semestre de su penúltimo año y los seguí durante seis meses de sus vidas laborales (su último año iba a coincidir con el primero del RSLA). La población escolar era de unas 600 personas, con unas minorías importantes procedentes de Asia y de la India Occidental. Básicamente, la selección de esta escuela se debió a que se encontraba en el centro de una zona urbana y obrera absolutamente característica del periodo de entreguerras, la cual a su vez estaba en el centro de Hammertown. El alumnado procedía exclusivamente del medio obrero, pero la escuela tenía fama de «buena». Esto parecía significar, esencialmente, que poseía unos «parámetros razonables» de conducta y vestimenta normales, al cuidado de un equipo de profesores competentes y participativos. Yo quería asegurarme al máximo de que el grupo seleccionado era representativo de la clase obrera residente en una zona industrial, y de que la infraestructura educacional de que disfrutaba era de la misma calidad, si no mejor, que cualquier otro que hubiera en un contexto británico similar. Una ventaja adicional de la escuela concreta elegida era que tenía un ala nueva bien equipada para la juventud, con un buen nivel de asistencia por parte del alumnado y daba oportunidad para introducirse en la escuela de una forma muy abierta e informal.

Durante el mismo periodo se estuvieron haciendo estudios comparativos de casos. Estaban compuestos por un grupo de chavales conformistas que hacían el mismo curso en Hammertown Boys: otro de chavales conformistas de clase obrera en una cercana escuela secundaria mixta moderna de Hammertown, reconocida informalmente como algo «dura»; un grupo de chavales inconformistas de una «grammar school» masculina de Hammertown; un grupo similar de una escuela «comprehensive» cercana al centro de la conurbación de la que Hammertown formaba parte; y un grupo de varones inconformistas de distintas clases sociales de una «grammar school» de alto status situada en la zona residencial más exclusiva de la misma conurbación. En la medida de lo posible, todos los grupos reunían las características de estar en el mismo año escolar y de ser grupos de amigos y fueron seleccionados en base a sus probabilidades de abandonar la escuela a la edad mínima reglamentaria de 16 años. En el caso de la «grammar school» de alto status, esta última condición determinaba totalmente la pertenencia al grupo y su naturaleza de procedencia social mixta: eran los únicos que tenían la intención de abandonar la escuela a los 16 años, en el cuarto año (cuando empecé a ponerme en contacto con ellos), y de hecho, al final sólo dos de ellos se fueron en ese momento. Estos grupos fueron seleccionados para proporcionar una dimensión comparativa al estudio de acuerdo con los parámetros de clase, aptitud, régimen escolar y actitud frente a la escuela.

Al grupo principal se le estudió de forma intensiva, a través de la observación participante en clase, en el ambiente escolar general y durante las actividades de ocio, mediante discusiones de grupo asiduamente grabadas; entrevistas informales y diarios, etc. Asistí a las distintas clases de todas las materias y actividades (no como profesor, sino como un alumno más) a las que asistía el grupo en distintos momentos, y a la gama completa de clases enfocadas a la elección de carrera u oficio, dadas por un profesor con dedicación y experiencia que había vuelto recientemente de un prestigioso curso sobre el tema. Asimismo grabé largas conversaciones con todos los padres de grupo principal y con todo el profesorado de la segunda etapa de la escuela y con los principales profesores de la primera etapa que estaban en contacto con los miembros del grupo, así como con los encargados de orientar sobre elección de profesión que iban a la escuela.

Hice un seguimiento de los doce muchachos del grupo principal, así como de otros tres chicos seleccionados de los grupos comparativos, en su trabajo. Se dedicaron quince periodos cortos de observación participante a trabajar codo a codo con cada uno de los chavales en su empleo, acabando con entrevistas grabadas individualmente y entrevistas seleccionadas con capataces, gerentes y delegados sindicales.

Hammertown aparece registrada por primera vez en el Doomsday Book (*) como una pequeña aldea. Está en el centro de Inglaterra, formando parte de una conurbación mucho mayor. Como

(*) Censo de propiedades inmuebles ordenado por el rey Guillermo el Conquistador. (N. del T.).

otros muchos pueblos pequeños de alrededor, el tamaño e importancia de su población crecieron súbitamente durante la revolución industrial. La llegada de los canales y la construcción de una fundición por Bouiton y Watt para fabricar moldes de metal para otras industrias, a mediados del siglo XVIII, transformó su carácter. Fue una de las primeras ciudades industriales y su población dio lugar a uno de los primeros proletariados industriales. Hacia 1800 disponía de extensas fábricas de objetos de hierro colado y fundiciones, así como fábricas de jabón, plomo y vidrio. Más recientemente se ha convertido en un importante centro de producción de cojinetes, amortiguadores, componentes ciclistas, vidrio y tornillería. Es, desde luego, una de las ciudades tornilleras del centro de Inglaterra, que, en sus tiempos sirvió de cuna de la revolución industrial.

En la actualidad, forma parte de una inmensa conurbación industrial de las Midlands. La gente la sigue considerando una ciudad dura y sucia a pesar de que tiene un historial cívico de servicios públicos y abastecimiento de viviendas superior a la mayoría de la región. Viviendas unifamiliares en ruinas y barrios bajos de la época victoriana han caído bajo la piqueta, sustituidos por series de viviendas unifamiliares y torres de pisos modernos municipales. Pero cuando los chicos de Hammertown conocen a chicas de fuera, prefieren decir que son de la gran ciudad contigua, cuyo código postal, oportunamente, comparten.

El pueblo alcanzó su máximo de población a principios de los años cincuenta y no ha dejado de disminuir desde entonces, a pesar de la llegada de un buen número de inmigrantes negros. Ahora tiene alrededor de 60.000 habitantes y, cosa interesante, tiene una de las mayores tasas de población activa[8], especialmente para la mujer, de todo el país. La estructura de edad y sexo de Hammertown es parecida a la del resto de Inglaterra y Gales, pero su estructura de clases tiene una diferencia notable. Se trata esencialmente de una ciudad de clase obrera. Unicamente el 8% de los residentes ocupa puestos de nivel profesional o gerencial (la mitad de la tasa nacional), y la gran mayoría de la población se dedica a algún tipo de trabajo manual. Hay una asombrosa afluencia diaria de alrededor de 3.000 personas de clase media procedentes del sur y del oeste que están dispuestos a trabajar pero no a tener su residencia en Hammertown. La escasez de las clases medias se refleja en que menos del 2% de los adultos tiene dedicación exclusiva en la educación (una vez más la mitad de la tasa nacional).

La estructura del empleo demuestra el carácter industrial distintivo de la comunidad obrera. Hay un total de fuerza de trabajo de unas 36.000 personas, de las que un 79% trabaja en algún tipo de fábrica, en comparación con el 35% nacional y el 55% de la conurbación. La metalurgia y derivados ocupa a más de la mitad de estos empleos. El resto de los ramos de empleo lo ocupan la alimentación, bebidas y tabaco, ingeniería mecánica, vehículos, ladrillos, cerámica y vidrio y la distribución. Las perspectivas de empleo en Hammertown son, en general, buenas e incluso en los periodos de baja productividad, la tasa de desempleo se ha mantenido aproximadamente en un 1% por debajo de la media nacional.

Aunque la ciudad se industrializó hace más de 200 años y se han mantenido las mismas industrias básicas —especialmente las metalúrgicas y de fundición—, no existe la sólida estructura de pequeña empresa familiar que tienen muchos pueblos parecidos. De hecho, tiene una estructrua organizativa industrial asombrosamente moderna. Una gran parte de la mano de obra de Hammertown trabaja en grandes fábricas que son a menudo filiales de empresas nacionales o multinacionales. El 60% del total trabaja en empresas de más de 1.000 trabajadores. Menos del 5% de la mano de obra industrial lo hace en empresas de menos de 25 trabajadores. El 58% del total de la superficie industrial se concentra en 38 fábricas de una extensión superior a los 1.000 m^2. Más del 20% del área total del pueblo está dedicada a uso industrial.

Hammertown es en conjunto una especie de ciudad industrial arquetípica. Posee todas las características industriales clásicas, así como las del capitalismo monopolista moderno, en combinación con un proletariado que es precisamente el más antiguo del mundo.

[8] La tasa de actividad es la proporción de habitantes mayores de 14 años económicamente activos. Este dato y la mayor parte de los siguientes proceden del Concejo Local. Las estadísticas se refieren normalmente a 1970.

PARTE I

ETNOGRAFÍA

2. ELEMENTOS DE UNA CULTURA

OPOSICIÓN A LA AUTORIDAD Y RECHAZO DEL CONFORMISTA

La dimensión más explícita, más evidente y básica de la cultura contraescolar, es la de su acérrima oposición, en los planos personal y general, a la «autoridad». Este sentimiento es fácilmente verbalizado por los «colegas» (*), el título escogido por aquéllos que participan de la cultura contraescolar.

> [En una discusión de grupo acerca de profesores]
> Joey.— (...) son capaces de castigarnos. Son más grandes que nosotros, representan a una gente que es más importante que nosotros, que somos poca cosa y ellos representan cosas grandes, y tú intentas arreglártelas como puedes. Es, no sé, que nos fastidia la autoridad, supongo.
> Eddie.— Los profesores se piensan que son gente importante y poderosa porque son profesores, pero en realidad no son nadie, sólo gente corriente, ¿no?
> Bill.— Los profesores se creen que lo son todo. Son más importantes que nosotros, claro, pero es que se creen mucho más importantes y eso no es cierto.
> Spansky.— Me gustaría llamarles por su nombre de pila y eso... se creen que son Dios.
> Pete.— Eso estaría mucho mejor.
> PW.— Decís que son más importantes. ¿Estáis de acuerdo realmente en que saben más cosas?
> —
> Joey.— Sí, pero no tienen por qué ponerse por encima de nosotros, sólo porque son un poco más inteligentes.

(*) La palabra que se traduce es «lad» que significa chaval, golfillo. El término «colega» reúne en sí la doble connotación de grupo y de oposición. (N. del T.).

Bill.— Tendrían que tratarnos como les gustaría a ellos que les tratáramos nosotros.

(...)

Joey.— (...) la forma en que tenemos que someternos a sus caprichos. Quieren que se haga algo y no tenemos más remedio que hacerlo, porque, bueno, estamos sometidos a sus antojos. Teníamos aquí una profesora, y como todos llevábamos anillos y una o dos pulseras, como la que lleva éste, de pronto, sin ningún motivo, va la tía y dice: «Quitaros todo eso».

PW.— ¿En serio?

Joey.— Sí. Nosotros decimos, «no nos vamos a quitar ni uno», ella dice, «tú, quítate también los tuyos», y yo le digo, «antes me tendrá que cortar el dedo».

PW.— ¿Y por qué quería que os quitárais los anillos?

Joey.— Nada más que por capricho. Los profes hacen esas cosas, como de pronto hacerte anudar la corbata y cosas así. Estás sometido a todos sus caprichos. Si quieren que hagas algo y tú crees que no tienen razón y pones pegas, te mandan a Simmondsy (el director) o te dan con la vara, o te ponen trabajo extra para casa.

PW.— ¿Os parece que la mayor parte de los profesores son algo así como enemigos vuestros (...)?

—Sí.

—Sí.

—La mayor parte.

Joey.—Eso le da un poco de marcha a la vida, cuando tratas de devolverles algo que te han hecho.

Esta oposición implica una inversión aparente de los valores normales mantenidos por el principio de autoridad. La diligencia, la deferencia, el respeto, empiezan a tener lecturas muy distintas.

[En una discusión de grupo].

PW.— Evans (el jefe de estudios) decía que todos vosotros érais unos mal educados (...) que no teníais la cortesía de escuchar al orador (durante una sesión informativa). Decía que por que no os dábais cuenta de que estáis haciendo del mundo algo muy duro para cuando séais mayores y que Dios os ayude cuanto tengáis hijos, porque aún serán peores. ¿Qué os parece?

Joey.— No es cierto. No van a tener pelos en la lengua. Tampoco van a ser unos gilipollas sometidos. Serán del tipo de gente honrada, sin pelos en la lengua.

Spansky.— Si alguno de mis chavales es como éste, aquí, me gustará.

Esta oposición se expresa principalmente como un estilo que se vive de infinitas formas, específicas de la institución escolar, que los profesores reconocen instantáneamente y que constituye un aspecto casi ritual de la estructura vital cotidiana de los chicos. Los profesores son unos expertísimos teóricos de la conspiración. No tienen más remedio. Esto explica en parte su fervor por sacar «la verdad» a los presuntos culpables. Viven rodeados de conspiraciones

que se desarrollan de las formas más evidentes, aunque no se expresen a menudo verbalmente, lo que puede conducirles fácilmente a convicciones paranoicas de grandes proporciones[1].

Mientras los «colegas» van entrando en clase, o en una reunión, hay señales conspirativas de uno a otro diciendo «ven a sentarte aquí con nosotros un rato», miradas de reojo para localizar al profesor y sonrisas forzadas. Congelado un instante a causa de una orden seca o de una mirada, el hormigueo vuelve a empezar fácilmente con los chicos moviéndose sin parar, poniendo cara de decir «sólo estoy de paso, señor» mientras se acercan sus amigos. Si les pillan otra vez, siempre tienen alguna excusa preparada, «iba a coger el abrigo», «es que fulano me ha llamado, señor». Una vez que empieza la clase, el chico que aún está apartado de sus compañeros repta por detrás de los pupitres o de las cortinas hacia su objetivo, golpeando a los otros chicos o intentando al paso derribar alguna silla con su ocupante encima.

Los «colegas» son especialistas en un resentimiento reprimido que se detiene siempre justo antes de una confrontación abierta. Metidos en clase, lo más agrupados que pueden, hacen un ruido continuo arrastrando las sillas, abucheando a la menor sugerencia y no paran de moverse, cambiando de sitio o tumbándose en los asientos. Durante las horas de estudio, algunos muestran abiertamente su desprecio haciendo como que se duermen con la cabeza apoyada en el pupitre, otros se ponen de espaldas mirando por la ventana o simplemente a las musarañas. Hay un aire de insubordinación sin propósito con justificaciones espúreas e imposibles de contener. Si alguno se sienta sobre el radiador, es porque se le han mojado los pantalones con la lluvia, si otro se pasea por el centro de la clase, es porque necesita algo de papel para escribir, o si un tercero sale del aula, es porque va a vaciar la papelera, como «suele hacer todos los días». Bajo los pupitres medio cerrados se mezclan en desorden tebeos, periódicos y revistas de desnudos con libros de texto. El permanente zumbido de las conversaciones en voz baja alterna con las advertencias del profesor para que se callen, igual que la marea barre inevitablemente la arena recién seca y por todas partes hay ojos en blanco y muecas exageradas que revelan secretas conspiraciones.

Durante la clase hay un diálogo imaginario que hace de contrapunto a la instrucción formal: «No te entiendo, capullo», «Qué pasa contigo, imbécil», «no jodas, ¿puedo irme a casa?». A la menor sugerencia de doble sentido sexual surgen de las filas de atrás risas y gritos, acompañados a veces por la gesticulación de alguno que remeda la masturbación de un pene gigantesco por encima de la cabeza, con gesto lascivo en los labios apretados. Si aparece algún pe-

[1] Ahora se reconoce que algunos profesores están seriamente molestos y este es un problema que se incrementa. Ver, por ejemplo, J. Lawrence, «control experiment», *The Guardian*, 18 de marzo de 1975.

ligro para el secreto de la conspiración, surgen «V» de victoria por la retaguardia del profesor, ráfagas de crujidos de nudillos por los flancos y una inocencia evasiva en la vanguardia. Todo el mundo está atentísimo a las corbatas, anillos, zapatos, dedos, manchas del pupitre, en fin, a todo menos a los ojos del profesor.

Cuando pasa el vigilante, se oye en los corredores arrastrar los pies, algún «hola» demasiado amistoso o un silencio repentino, alguna risa, burlona o idiota, que puede dirigirse o no al que pasa. Es tan humillante pararse como aguantarse. Hay una forma de estar de pie en grupo apoyados en las dos paredes del corredor como si estuvieran haciéndole a uno el pasillo, sólo que no hay forma de demostrarlo: «Sólo estamos esperando a Spansky, señor».

Por supuesto, las situaciones individuales son distintas, del mismo modo que un estilo de enseñanza diferente permite en mayor o menor medida controlar o suprimir esta oposición expresa. Pero los conformistas de la escuela, los «pringaos» (*) para los chavales, tienen una orientación distinta. No se trata tanto de que aguanten a los profesores como a «la idea» misma de profesor. Puesto que han invertido una parte de sus propias identidades en los objetivos formales de educación y de apoyo a la institución escolar en cierto modo habiendo reanudado a su derecho a estar de «cachondeo», piden que los profesores respeten al menos la misma autoridad. No hay nada mejor que un creyente para recordar su deber al pastor.

> [En una discusión de grupo con chicos conformistas de Hammertown Boys].
>
> Gary.— Bueno, no creo que sean demasiado estrictos (...) Como Mr. Gracey, digo, y como algunos de los demás profes, o sea, hasta con Groucho, los primeros años se burlaron mucho de él (...) había que castigar a los «colegas», para que no se volvieran unos descarados (...) Con algunos de los otros te puedes llevar muy bien. O sea, desde el principio, con Mr. Peters todo el mundo estaba tranquilo y si no habías hecho los deberes, tenías que volver a hacerlos. O sea, algunos de los profes, desde el principio, te dan trabajo para casa y si tú no lo hacías, nunca te preguntaban, no les preocupaba.

Esta apariencia de entusiasmo y complicidad con la autoridad inmediata es lo que convierte a los alumnos conformistas de la escuela en «pringaos» u «orejas», en el segundo enemigo de los «colegas». El propio término de «pringao» tiene una connotación de pasividad y absurdo de los alumnos conformistas para los «colegas». Parece que siempre están escuchando, nunca *haciendo*: no se ven animados nunca por su vida interna propia, sino por una rígida e

(*) La palabra que se traduce es «ear'ole» —literalmente «orejas con agujeros»—. El término «pringao» parece provenir del ámbito de la delincuencia. «Pringao» es aquél que está trabajando, cumpliendo con su deber, antes de ser atracado. Reúne en sí la doble connotación de desprecio —por parte de «los colegas»— y de sumisión. (N. del T.).

informe receptividad. El oído es uno de los órganos menos expresivos del ser humano: sólo responde a la expresividad de los demás. Es un sentido pastoso y es fácil de engatusar. Así es como describen los «colegas» a los que acatan el concepto oficial de la enseñanza.

Decididamente, los «colegas», no sólo rechazan, sino que se sienten «superiores» a los «pringaos». El medio evidente que usan para ejercitar esa superioridad es el que, aparentemente, producen los «pringaos»: diversión, independiencia y emoción, es decir, estar de «cachondeo».

> [En una discusión de grupo].
>
> PW.— (...) ¿por qué no ser como los «pringaos»? ¿Por qué no intentaís sacar los CSE (*)?
>
> —¿Es que ellos no se divierten?
>
> Derek.— Porque son unos capullos. Un chaval ha ido por las notas y ha sacado cinco A y una B (*).
>
> —¿Quién ha sido ese?
>
> Derek.— Birchall.
>
> Spansky.— O sea, ¿qué van a recordar de su época de estudiantes? ¿qué van a tener como recuerdos? Sentados en una clase, sudándoles las pelotas, ¿no? mientras que nosotros... O sea, mira las cosas que llevamos hechas, peleas con los Paquis, con los AS [Jamaicanos]. Me parto de risa cada vez que me acuerdo de algunas cosas que les hemos hecho a los profes.
>
> (...)
>
> Perce.— Ya sabes, no se lo pasan muy bien, bueno, Spansky está todo el día haciendo el tonto y se lo pasa en grande. Y Bannister, ahí, sudándole las pelotas todo el día mientras Spansky se lo pasa haciendo perrerías y divirtiéndose.
>
> Spansky.— Los dos primeros años yo era bastante brillante. Sacaba dos o tres A, sabes, y cuando llegaba a casa me echaba en la cama y pensaba: «Vaya, mañana otra vez a la escuela», sabes, no había hecho los deberes, sabes, «tengo que hacerlos».
>
> —Sí, claro, eso es.
>
> Spansky.— Pero ahora, cuando llego a casa, tranquilo, no tengo nada en qué pensar. Me digo: «Bueno, mañana otra vez a la escuela, será un cachondeo», sabes.
>
> Will.— ¡Si no vienes nunca!
>
> Spansky.— ¿Quién?
>
> Will.— Tú.
>
> [Risas].
>
> (...)
>
> —No te puedes imaginar...
>
> —No te puedes imaginar a [inaudible] yendo al Plough y diciendo: «Una caña, por favor».
>
> Fred.— Tampoco puedes imaginarte a Bookley yéndose a casa con la parienta a meterla mano.

(*) «Certificate of Secondary Education». (Certificado de educación secundaria). Se trata de un examen que se puede efectuar a los 16 años.

—Sí que puedo, los he visto.
—Menuda titi, la del Bookley...
—Sí que es cierto.
Fred.— Pues no me lo puedo imaginar trabajándosela como hacemos nosotros.

Es especialmente en el terreno del sexo donde los «colegas» sienten su superioridad sobre los «pringaos». «Salirse de la concha», «perder la timidez» son dos de las condiciones para convertirse en un «colega», y también son buenos métodos para «ligar titis». Esto no deja de ser un curioso reflejo distorsionado de las relaciones entre profesores y «pringaos». Los «colegas» piensan que desempeñan un papel parecido de superioridad y experiencia, sólo que de una forma distinta y más antisocial.

[En una entrevista individual].
Joey.— Todos [los «colegas»] hemos estado con chicas, lo estuvimos contando el otro día, cuántos chavales habíamos estado con chicas realmente, cuántos habían echado un polvo, y creo que sólo llegábamos a unos veinticuatro (...) en el quinto curso, de unos cien, o sea, la cuarta parte.
PW.— ¿Pero, siempre os enteráis?
Joey.— Sí (...) siempre se sabe, dentro del grupo, unos chicos que conocemos, que son como casi «pringaos»... Son un grupo distinto de los «pringaos» y de nosotros. Chicos como Dover, Simms y Willis, y uno o dos más. Te andan siempre fastidiando con sus asuntos, pero no son más que unos jodidos críos, cómo hablan, cómo actúan. No pueden hacernos reír, nosotros sí que podemos, se ponen a llorar como gilipollas cuando a veces les miramos, pero nunca consiguen hacernos reír y así vamos (...) algunos de ellos (los «semipringaos») sí que andan con tías y nosotros nos enteramos. Los «pringaos» (...) ya tienen todo lo que pueden esperar. Quiero decir, mira a Tom Bradley, ¿lo conoces? Siempre que le veo, me digo: «bueno, siempre andamos de cachondeo, o jodidos, andamos bebiendo, peleando, sabemos de frustraciones, sexo, del jodido odio, amor y toda la coña, pero él no sabe nada de todo eso. Nunca ha estado con una tía, nunca ha ido a un pub. No lo sabemos, pero nos lo imaginamos. Hasta diría que si lo hubiera hecho, vendría corriendo a decírnoslo, pero no ha estado nunca con una tía, ni bebiendo. Tampoco le he visto nunca en una pelea. No ha pasado por ninguna de las experiencias que hemos pasado nosotros, así que todavía le espera mucho.

Joey era un líder reconocido, con tendencia a actuar como un viejo curtido por la vida. Como se ve aquí, y en cualquier otro lugar, es un chaval que tiene una gran capacidad de introspección y expresión. Por una parte, esto podría ser motivo para descalificarle por no ser el típico estudiante inconformista de clase obrera. Sin embargo, aunque Joey no sea el típico chaval de la clase obrera, es sin duda representativo. Vive en un barrio obrero, pertenece a una familia numerosa conocida como luchadora, cuyo cabeza de familia trabaja en una fundición. Abandonará la escuela sin graduarse y está identificado generalmente por el profesorado como un revoltoso, más aún puesto que «hay algo en él que...». Aunque quizás exageradas, y quizás expresadas con mucha fuerza, las experiencias que cuenta no pueden proceder más que de la experiencia que ha vivido en la contracultura. El sistema cultural que refleja es suficientemente representativo y dominante, por más que mantenga una relación peculiar con él.

Merece la pena destacar, en sus propios términos y a través de las mediatizaciones del grupo, que Joey asume por igual el dominio y la comprensión completos del curso escolar y de su entorno social. Da por sentado que la información llegará a los «colegas» como eje de ese entorno. El sello de «salida» lo pone el desarrollo de ese tipo de perspectiva social y de esquema de evaluación. Habría que destacar también que los parámetros alternativos que se han construido los «colegas» los reconocen los profesores de una manera un tanto vaga, al menos en privado. A menudo, en la sala de profesores, los más jóvenes de éstos hicieron algunos comentarios admirativos sobre las aparentes proezas sexuales de algunos de los chicos; «le aseguro que ha tenido más que yo».

Los chicos del grupo más conformistas con los valores de la escuela no tienen el mismo concepto del mapa social, ni desarrollan un argot para describir a otros grupos. Su respuesta a «los colegas» consiste principalmente en sufrir miedos ocasionales, incómodos celos y ansiedad general para no caer en la misma red disciplinaria y un sentimiento de frustración por que los «colegas» puedan impedir el normal desarrollo del proceso educativo. Lo que han invertido en el sistema formal y el sacrificio que hacen mientras los otros se están divirtiendo (tanto como el grado de temor que están padeciendo), hace que los alumnos conformistas esperen de los líderes reconocidos del sistema, el personal docente, que se enfrenten a la transgresión, más que impulsarles a suprimirla ellos mismos.

[Discusión de grupo con alumnos conformistas de Hammertown Boys].
Barry.— ...él [uno de los profesores] siempre está con eso de «Todo el mundo...», ¿sabes? No me gustan esas cosas, cuando dicen, «todos sois así, todos sois así, todos váis a tener problemas». Tendrían que decir «unos pocos de vosotros...». Como Mr. Peters, él lo hace, el no nos dice «Todos», sino sólo unos pocos tipos raros. Eso es mejor, porque algunos de nosotros nos tomamos interés (...).
Nigel.— El problema es cuando empiezan a chinchar a los profes (...) eso significa que te están haciendo perder el tiempo, un tiempo valioso, de estudio y eso te lo echa todo a perder, ¿sabes? Lo mejor sería que hicieran el petate y se fueran (...).
Barry.— Es mejor como se lo han montado ahora (...), los han puesto a todos juntos [los grupos de CSE no son mixtos en cuan-

to a los niveles de calificaciones]. La verdad es que da igual que ellos hagan o no el trabajo... Uno progresa, progresa mucho ahora [en los grupos CSE], porque si hay alguno hablando, te dicen que te calles la boca, ¿sabes?, que sigas con el trabajo.

PW.— (...) ¿no habéis pensado nunca que tendríais que intentar pararles?

Barry.— No me he ocupado nunca de ellos (...) ahora en quinto, ¿sabes?, tendrían que..., uno no va por la vida pegándole gritos a la gente en clase, ¿no?, uno habla con calma. [Los profes] tendrían que ser más estrictos.

La oposición al profesorado y una clara diferenciación frente a los «pringaos» se expresa permanentemente en todo el ambiente de la conducta de «los colegas», y se concreta también en lo que puede considerarse una suerte de discurso estilístico/simbólico que se centra en las tres grandes ofertas del capitalismo al consumidor, que la clase obrera recoge de diversas formas, para sus propios fines: ropa, tabaco y alcohol. La más visible, personalizada e inmediatamente captada es la ropa, que tiene una gran importancia para «los colegas», por lo que tiene de elemento resistencial frente a los profesores y de dominio sobre los «pringaos». Los primeros signos de que un colega se está «haciendo» es un rápido cambio en la forma de vestir y en su peinado. La forma concreta en que se manifiesta esta apariencia alternativa es determinada por influencias externas, especialmente modas que circulan por el amplio sistema simbólico de la cultura juvenil. Por el momento, el aspecto de «los colegas» consiste en un pelo más bien largo y acicalado, zapatos de plataforma y camisas de cuello ancho que surge por encima de una cazadora o chaquetilla de vaquero, sin olvidar los pantalones acampanados de rigor. Sea cual sea la manera de vestirse, nunca coincidirá con el uniforme escolar, prácticamente nunca incluye una corbata (que sigue en importancia a los ojos de los directores al uniforme, en los casos en que no puede imponerse éste), y explota colores calculados para proporcionar la máxima diferenciación de la monotonía y conformismo institucionales. Hay un concepto estereotípico muy claro que lo constituye la vestimenta institucional. Spike, por ejemplo, dice, para describir la forma de un cuello: «O sea, ¡como el de un profe!».

Hay que tener en cuenta la importancia que tiene el amplio sistema de la cultura juvenil comercial para proporcionar una lexicografía de estilo, con sentidos ya connotados, que pueden ser adaptados por «los colegas» para expresar sus significados más localizados. Aunque la mayor parte de este estilo, y la música asociada a él, se podrían describir con precisión como procedentes de unas directrices puramente comerciales, sin que representen las auténticas aspiraciones de sus partidarios, hay que reconocer que la forma en que lo asumen los jóvenes puede tener una expresión personal auténtica y directa que está ausente en la generación comercial original.

No es casual el que una gran parte del conflicto que existe entre el profesorado y los alumnos se plantee en relación con la vestimenta. Para el que lo ve desde fuera puede parecer una tontería. Los profesores y alumnos saben que se trata de uno de los campos que han elegido para desarrollar la lucha contra la autoridad. Es una de las formas típicas de lucha entre culturas, que puede resolverse finalmente en un cuestionamiento de la legitimidad de la escuela como institución.

Estrechamente relacionada con la manera de vestir de los «colegas» aparece, por supuesto, la cuestión de su atractivo personal. El llevar ropas modernas y «elegantes» les da la oportunidad de hacerse más atractivos para el sexo opuesto, además de «mandar» en la escuela y de diferenciarse de los «pringaos». Es un hecho objetivo el que «los colegas» salen con chicas mucho más que cualquier otro grupo de la misma edad y, por lo que hemos visto, la mayor parte de ellos tiene experiencia sexual. Lo que le da valor a la vestimenta como algo más que un mero código artificial con el que expresar una identidad cultural/institucional es el atractivo sexual, asociado con la madurez, junto con la prohibición de las actividades sexuales en la escuela. Esta doble articulación es característica de la cultura contraescolar.

Si la forma de vestirse es normalmente el motivo aparente principal de disputas entre los profesores y los alumnos, el fumar le sigue de cerca. Aquí se ve de nuevo una señal más de diferenciación de «los colegas» frente a los «pringaos». La mayoría de aquéllos fuma y, lo que es más importante, se les *ve* fumar. Lo esencial de que fumen los escolares es que lo hagan a la puerta de la escuela. Es típico que «los colegas» se pasen una buena parte del tiempo planificando su próxima fumada y «pirándose» de la clase para echar «unos rápidos pitillos». Y si «los colegas» se lo pasan en grande fumando y alardeando de su impertinencia, al menos los profesores no pueden ignorarlo. Suele haber reglas estrictas y profusamente promulgadas respecto al fumar. Si, por tal motivo, «los colegas» se sienten espoleados, casi como en una cuestión de honor, a seguir fumando abiertamente. Los profesores, por su parte, se salen de sus casillas por lo que consideran un desafío a su autoridad. Esto es especialmente cierto cuando se une al otro gran desafío: la mentira.

[Discusión del grupo sobre roces recientes con los profesores].

Spike.— Y entramos, y yo dije: «No estábamos fumando», y él dijo (...) y se puso como loco. Creí que me iba a sacudir o algo así.

Spansky.— «Llámame mentiroso», «no soy un mentiroso», «entonces vuelve aquí», y al final lo tuvimos que admitir; estábamos fumando (...) Le estaba dando un ataque, va y dice: «Me están llamando mentiroso». Nosotros decíamos que no estábamos fumando, tratábamos de mantenernos en ello, pero al Simmondsy le estaba dando un ataque.

Spike.— La verdad es que nos había visto encenderlo.

El castigo por fumar es automático en lo que respecta a los profesores y esto se comunica por sí mismo a los chicos.

Spansky.— Bueno, no podía hacer otra cosa [el subdirector], tenía que meterse conmigo. Me gusta ese tipo, creo que hace bien su trabajo, ¿sabes? Pero yo estaba en la puerta de entrada fumando y Bert se viene derecho detrás de mí. Me doy la vuelta, me ha pillado y me voy para él y me da con la palmeta. El lunes por la mañana, en cuanto llegué a la escuela me castigó... O sea que no me podía dejar así, sin más.

En este estado de cosas, dado el contexto de guerrilla interna continua de la escuela, una de las vías más usadas por «los colegas» para localizar simpatizantes, normalmente los débiles y «tontos» nada más, en el campo enemigo es ver cuales de los profesores, por lo general los más jóvenes, son los que no toman ninguna medida ante las señales inequívocas de un cigarrillo encendido.

Fuzz.— O sea, Archy me ve todos los días fumando, cuando vengo por Padlock por la mañana, porque estoy esperando a mi chica, me ve todas las mañanas. Nunca dice nada.
Will.— A mí me dijo en el registro...
PW.— (interrumpiendo). ¿Quién, Archer?
Will.— Archy, sí, dice: «No te quedes ahí hasta la hora de cenar». «¿Qué quiere decir con eso de ahí?» Y él dice: «Ahí, con el vecindario que hay». Y yo digo: «Ah, ya, la hiedra» (*). O sea, que es un tío legal, y te ríes con él.

Otra vez «los colegas» valoran el fumarse un cigarrillo como un acto de insurrección contra la escuela por su asociación con los valores y acciones adultos, en una conjunción típica de sentidos intra y extra escolares. El mundo adulto, concretamente el mundo adulto de la clase obrera, se convierte en una meta en la medida en que es una fuente que suministra material para la resistencia y la exclusión.

La bebida, aparte de producir un efecto «agradable», se practica abiertamente por cuanto es la señal más decisiva para los profesores y los «pringaos» de que el individuo está separado de la escuela y de que está presente en un modo de ser social más maduro, superior y alternativo. Los informes de los profesores de sus encuentros con los chavales en los pubs se manifiestan con más excitación y deleite que los simples incidentes con el tabaco, y la falta

(*) Literalmente, Bush: arbusto; mata de hiedra, símbolo de los comercios del vino. (N. del T.).

de reacción en caso de que se pille a alguien bebiendo es una prueba aún más deliciosa de que un traidor/simpatizante/débil del entorno escolar hace la vista gorda ante un pitillo encendido. La percepción que tienen de esta matriz concreta de significados coloca a algunos de los profesores más jóvenes y progresistas en un serio dilema. Algunos de ellos se descuelgan con soluciones extrañas que siguen siendo incomprensibles para «los colegas». El incidente que se relata a continuación implica a un joven profesor preocupado y progresista.

[Discusión de grupo acerca de los profesores].
Derek.— Y Alf dijo, esto, «¿Todo bien, señor?» [al encontrarse con un profesor en un pub] y no le contestó, ¿sabe? y dijo «¿Todo bien, señor?», y se dió la vuelta y le miró así, y, esto... y no le contesta y le dice, al día siguiente, le dice: «Quiero hablar contigo, Alf», se va para él y le dice: «¿Qué estabas haciendo allí anoche?», y le contesta «Estaba en una reunión con el equipo de fútbol», y dice el otro: «Bueno, ¿y no crees que era como para dar a alguien en los morros?» «No, dice, por qué tenía que parecerle que le estaba dando en los morros?», dice, «¿Qué quieres decir?», «Qué es eso de andar saludando así en esos sitios», dice, «¿Qué esperaba que dijera?». Y va y le dice: «Pues otra vez no me dirijas la palabra si no lo hago yo primero». Y le contestó: «Muy bien, señor, no le saludaré», dice, «incluso si me lo encuentro por la calle».

Evidentemente, «los colegas» entienden de forma consciente la importancia simbólica de beber como un acto de afiliación al mundo de los adultos y de oposición a la escuela. Para ellos tiene la máxima importancia que el almuerzo de su último día de clase tenga lugar en un pub y consumir la mayor cantidad posible de alcohol. Es el momento en que rompen por fin con la escuela y quedan libres, el momento que recordarán en el futuro.

[Entrevista individual en el trabajo].
PW.— ¿Por qué es tan importante cogerse una trompa el último día?
Spansky.— Es algo especial. Sólo te ocurre una vez en la vida, ¿no? O sea, ¿sabes?, ese día estábamos de lleno en la escuela, eres un chaval de la escuela, pero al día siguiente ya estás en el trabajo, ¿me entiendes?
PW.— Desde luego, entraste a trabajar al mismo día siguiente.
Spansky.— Sí. Me emborraché y dormí y me fui a trabajar (...) si no lo hubiéramos hecho, ¿sabes?, no tendríamos de qué acordarnos, habríamos terminado en la escuela [es decir, en vez de ir al pub], y habría sido un día como todos. No, al hacerlo, conseguimos una cosa para recordar el último día, algo para recordar la escuela.

En el pub hay de hecho una atmósfera muy especial entre «los

colegas» de Hammertown. Spike explica de forma expansiva que, aunque a veces se ha comportado como un auténtico «gilipollas», en realidad le caen bien sus compañeros y les va a echar de menos. Eddie está decidido a meterse ocho cervezas, para tener el «récord». Más tarde lo «recogieron borracho», en palabras del director, en la escuela y lo condujeron ignominiosamente a su casa. Fuzz explica cómo ha estado a punto de conseguir que Sampson (un profesor), se volviera loco esta mañana y le han enviado a ver al director, «pero no le pasaba nada, sólo estaba bromeando». Lo más importante es que el dueño del pub y los otros parroquianos adultos, que les invitan a copas y les preguntan por sus futuros trabajos, les aceptan perfectamente. A la hora de cerrar, se van, intercambiando promesas con los adultos, de quienes aún no han aprendido a desconfiar, quedando con algunos de ellos en hacerles trabajillos de albañilería o fontanería o lo que sea.

La prueba de que no han conseguido escapar, y esto lo subrayan los profesores, se ve cuando vuelven a la escuela, tarde, oliendo a alcohol y, en algunos casos, bastante borrachos. Como para recordarles que la escuela está respaldada en última instancia por la ley y la coerción estatal, el director ha llamado a la policía. Hay un agente esperando en la puerta junto al director. Éste aterroriza a los «colegas» y se desarrolla una extraña comedia mientras los chicos tratan de despistar al policía.

> [Más tarde en una discusión de grupo].
> Will.— Subía por la calle [hacia la escuela]. Iba tirando de Spansky y Pike (...) Intentaba conseguir que no se lo hicieran mal, ¿sabes? Joey vio al madero bajando por la calle (...) Me fui a los cagaderos [al fondo de la calle, cerrada en la parte de atrás sólo con una valla]. Vi al madero, «si no me ve, podré saltar la valla y estaré libre, nadie me verá, todo irá bien». Entonces pensé: «Mira bien a ver si entra o algo», así que me abrí la bragueta como si estuviera meando, como si llegara tarde o algo así. En ese momento Bill entra corriendo. Pensé «¡ostras!», y me subí a la valla de atrás, y me fui a rastras (...) Simmondsy había visto a Bill y va y dice: «Eh, vosotros, quiero hablar con vosotros *dos*», y ya no pensé más, me volvía andando.

Al final, los «colegas» se ven rodeados y entregados en un estado de excitación al director en su despacho, donde el policía les echa una fuerte bronca: «Me ha cogido y me ha estampado contra la valla», dice Spike (no presencié el incidente). A continuación, el director escribe a los padres de todos ellos, amenazando con no conceder ningún título si no hay una petición de excusas previa: en el caso de Spike escribió:

> «... su hijo ha estado bebiendo, evidentemente, y su conducta posterior ha sido de falta de cooperación, insolente y casi beligerante. Ha intentado justificar su conducta, llegando hasta el extremo de describir la escuela como si fuera Colditz (*)... siguiendo mi costumbre quiero dar a los padres de los chicos la oportunidad de venir a hablar conmigo antes de tomar la decisión final [2].

Incluso a los profesores jóvenes el incidente les pareció «sorprendente», preguntándose por qué no habían esperado los «colegas» hasta la noche y «haberlo hecho como es debido» entonces. Pero la cuestión estriba, por supuesto, en que hay que beber a la hora del almuerzo y desafiando las normas de la escuela. Es una cosa que no se hace simplemente para marcar una transición neutral —un simple ritual. Se trata de un rechazo activo y definitivo. Al final han conseguido vencer, en cierto modo, a la escuela de una forma que está fuera del alcance de los «pringaos» y que no admite casi respuesta por parte de los profesores. Se trata de la trascendencia de lo que ellos consideran la vida madura, la vida *auténtica,* frente a la opresiva adolescencia de la escuela, representada en la misma medida por la conducta de los «pringaos» y por la de los profesores.

Algunos de los padres de los «colegas» comparten con sus hijos el mismo punto de vista sobre la situación. Desde luego, ninguno de ellos acepta la invitación del director de ir a hablar con él.

> [En una discusión de grupo].
> Will.— Nuestra madre ha guardado todas las cartas que le ha enviado Simmondsy [sobre lo de la bebida], ¿sabes? Yo le digo: «¿Para qué las guardas?», y ella dice: «Bueno, será bonito volver a verlas, ¿no?, enseñárselas a tus chavales, para que vean el terror que eras». Así que las guardo.
>
> [Entrevista individual en el trabajo].
> PW.— ¿Entendió tu viejo que os fuérais a tomar copas el último día de clases?
> Spansky.— Oh ah (...) se río, dijo: «mira que escribir una carta...». O sea, vino el padre de Joey y nos reímos un rato, ¿sabes?

Sin importarles las amenazas ni las normas, el episodio «mereció la pena» para los «colegas». Será el que contarán más veces, convenientemente embellecido y exagerado, en la futura situación laboral, convirtiéndose en parte integrante de un folklore personal. En la medida en que las cuestiones del uniforme escolar y el tabaco van dejando de ser las causas más evidentes de conflicto en las escuelas, según se van desarrollando unos regímenes más liberales,

---

(*) Campo de concentración alemán de la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.).

[2] La carta de disculpa de Spike está redactada cuidadosamente para mantener su propia dignidad así como para asegurar su expediente: «Me gustaría que aceptase mis más sinceras disculpas... La escuela no tiene ningún parecido con «Colditz» de ningún modo... Reconozco lo que he hecho, a lo que puedo añadir que ahora lo encuentro estúpido, *pero al mismo tiempo no tan estúpido,* de modo que estoy preparado para afrontar las resoluciones que usted adopte» (subrayado mío).

podemos suponer que el alcohol se convertirá en el área principal en la que se producirán las batallas.

El grupo informal

Por la noche salimos
a la calle
a molestar a los otros.
Puede que seamos antisociales,
pero nos divierte.
A la generación de los viejos
no le gusta nuestro pelo
ni la ropa que llevamos.
Parece que les encanta
ponernos a parir.
No sé qué es lo que haría
si no fuera por la banda.
(extractado de un poema de Derek, escrito en clase de inglés).

En muchos aspectos, la oposición que hemos estado observando puede entenderse como un ejemplo clásico de oposición entre lo formal y lo informal. La escuela es la zona de lo formal. Tiene una estructura clara: el edificio escolar, las normas escolares, el trabajo pedagógico cotidiano, la jerarquía profesoral con poderes sancionados en última instancia —como ya hemos visto en una pequeña muestra— por el Estado, por la pompa y la majestad del Derecho y por el brazo represivo del aparato estatal, la policía. Los «pringaos» invierten en esta estructura formal y, a cambio de una cierta pérdida de autonomía, esperan que los guardianes públicos mantengan el respeto a las normas sagradas, a menudo más allá de lo que les impone su deber. Lo que los fieles han sacrificado libremente, debe mantenerse a salvo de los infieles.

La cultura contraescolar es la zona de lo informal, en la que se rechazan las demandas incursivas de lo formal —incluso al precio de tener que expresar la oposición por medio de un estilo, de unas microinteracciones y de discursos no públicos. En la cultura de la clase obrera, la oposición queda marcada frecuentemente por una retirada hacia lo informal, expresado de manera característica, más allá del alcance de «las normas».

Aunque no hay normas públicas ni estructuras físicas, ni jerarquías reconocidas, ni sanciones institucionalizadas de ningún tipo en la cultura contraescolar, ésta no puede funcionar en el aire, tiene que tener su propia base material, su propia infraestructura. Se trata, por supuesto, del grupo social. El grupo informal es la unidad básica de esta cultura, la fuente fundamental y elemental de su resistencia. En él se sitúan y se realizan todos los restantes elementos de la cultura y su presencia es decisiva para diferenciar a los «colegas» de los «pringaos».

La importancia del grupo está muy clara para los miembros de la cultura contraescolar.

[Es una discusión de grupo].
Will.— (...) nos vemos todos los días en la escuela, ¿no? (...)
Joey.— Eso es, hemos desarrollado unas maneras de hablar, de actuar, y también hemos desarrollado un odio contra los paquis, y los jamaicanos y todos los que son distintos... como los canijos y los jodidos pringaos y todos esos (...). Estamos empezando a conocerlos, igual que estamos empezando a conocer a todos los campeones, y cómo pirarnos de las clases y eso y cómo echarnos unos pitillos hábilmente. Te puedes venir aquí, al ala de la juventud y hacértelo, bueno, ya sabes, todos los amigos están aquí, es lo que hay aquí, y que va a seguir habiendo el año que viene, y sabes que tienes que venir hoy a la escuela, tu compi te levantará enseguida la moral si te sientes mal, porque en esta escuela no podrías aguantar ni diez minutos sin estar de cachondeo con algo o con alguien.
PW.— ¿Así que vuestros compañeros son algo tan importante?
—Sí.
—Sí.
—Sí.
Joey.—La verdad es que son lo mejor que hay.

La esencia de ser uno de «los colegas» reside en el propio grupo. Es imposible dar forma individualmente a una cultura distintiva. Un individuo no puede generar una atmósfera divertida ni una identidad social por sí mismo. Unirse a la cultura contraescolar supone unirse con el grupo y disfrutarla significa estar con el grupo:

[Es una discusión de grupo acerca de ser «uno de los colegas»].
Joey.— (...) cuando te lo montas por tu cuenta no está bien, pero si te lo montas con tus colegas, entonces estás con otro, de cachondeo y montándotelo.
Bill.— Si no haces lo que los demás te sientes fuera del rollo.
Fred.— Fuera del rollo, sí, sí. Se separan, te sientes como pensando que los otros...
Will.—En el segundo año...
Spansky.— Me imagino, ¿sabes?, cuando un día no vas a la escuela y vuelves al día siguiente, y pasa algo en ese día que no has estado y te preguntas «por qué no he venido ese día», ¿sabes?, «podría habérmelo pasado bien». ¿Sabes lo que quiero decir? Vuelves y todos te dicen: «Ah, tenías que haber estado aquí ayer...».
Will.— (...) Como el primero y segundo año, puedes decirles... tú mismo eres un poco pringao. Entonces quieres ver qué es eso de ser «uno de los colegas», o sea, quieres saber de qué va esto, no ser un «pringao», y, claro, te gusta.

Por informales que sean, estos grupos poseen a pesar de todo reglas de un tipo que puede describirse, pero que responden a un esquema característico en contraste con lo que normalmente se entiende por norma.

PW.— (...) ¿Hay alguna norma dentro de vuestra panda?
Pete.— Sólo nos saltamos las normas de los demás.
Fuzz.— No tenemos normas entre nosotros, ¿no?
(...)
Pete.— Las hemos dado la vuelta.
Will.— No tenemos normas, pero hacemos cosas que, o sea, ¿sabes?, digamos que yo no voy a entrarle a la chavala de ninguno, ni a las de Joey, y estos tampoco me lo harían a mí, ¿me entiendes? Cosas como que, esto... si le das un cigarro a uno, esperas que él te de otros, y cosas así.
Fred.— Eso no son normas, no son más que formass de entenderse de veras.
Will.— Eso es, sí.
PW.— (...) ¿En qué consisten esas formas de entenderse?
Will.— Pues... bueno, yo... creo que no hay muchos que se lo hagan en el primer año y en el segundo, en realidad, o sea, si Fred hubiera venido a decirme... o sea, «sólo me libré de dos clases el segundo año», pensaría «vaya gilipollas...».
(...)
Fred.— Que estamos muy unidos, eso es lo que dicen, todos iguales.

Los grupos informales tienen un tabú universal[3] en lo que se refiere a dar información de otros colegas a quienes disfrutan de un poder formal. El informal infringe la esencia de la propia naturaleza del grupo informal: el mantenimiento de los significados oposicionales contra la penetración de la «norma». Los chavales de Hammertown llaman a esto «chivarse» (*). Los profesores lo llaman «decir la verdad». La «verdad» es el complemento formal del «chivateo». La primacía de la organización formal no puede conseguirse más que consiguiendo que alguno se chive, obligándole a romper el tabú más solemne. No es de extrañar que una escuela entera pueda sufrir tensiones paroxísticas ante un incidente de importancia y la purga que se produce a continuación. Se trata de una lucha atávica respecto a la autoridad y su legitimidad. La escuela tiene que vencer y, al final, alguien tendrá que «chivarse»: esta es una de las vías por las que se reproduce a sí misma la propia escuela y queda restaurada la fe de los «pringaos». Pero todo aquél que se haya chivado queda marcado, se convierte en uno especial, débil. Se da una reevaluación masiva, con efectos retroactivos y permanentes entre los «colegas» respecto a los fallos de la personalidad

[3] Una reciente investigación en Dartington, una escuela progresiva en el Oeste de Inglaterra, establece que los niños no tienen problemas de tabúes para recibir información. Esto es extremadamente infrecuente y se explica (en esa investigación) por el modo en que los grupos informales y la cultura antiescolar queda inhibida por la unidad excepcional, la apertura y la organización democrática de la escuela (aparecido en *The Guardian*, 1 de enero de 1976.

(*) La palabra traducida es «grassing»; literalmente pacer. (N. del T.).

del chivato, que siempre han sido inmanentes a él, pero que no se descubren hasta ahora.

[Discusión de grupo sobre el infame «incidente del extintor» en el que los «colegas» cogieron un hidrante de la escuela y lo vaciaron en el parque cercano].
PW.— Ha sido el incidente más importante del año, según parece.
Joey.— Se convirtió en algo horrible. No era más que esto [chasquea los dedos], una cosa mínima en la parte que yo tuve cuando lo hicimos, igual que si nos hubiéramos fumado unos cigarros en la esquina o nos hubiéramos bajado a la tienda a comprar patatas fritas.
PW.—¿Qué fue lo que ocurrió (...)?
—Webby [en los límites de la contracultura escolar] se fue de la lengua.
Joey.— Si me llega a pillar el Simmondsy a mí, me habría dicho: «uno del grupo tiene la culpa y está tratando de echársela a Fuzz». Pero al que pilló fue a Webby.
Spansky.— Estábamos fumando ahí fuera.
Spike.— Es así, ¿habíais ligado un cigarro, no? [a Fuzz].
Spansky.— Y Webby pidió una calada, así que le dió el cigarro a Webby. Roger (un profesor) venía por la puerta y se vino así (haciéndole), y éste le dice: «No es mío, Señor, sólo se lo estoy sosteniendo a Fuzz».
Will.— Antes, en el parque (...) yo y Eddie sacamos la cosa, ¿no?, los dos, y el tío del parque estaba acercándose dando vueltas, así que Eddie y yo nos fuimos para el otro lado y nos sentamos, o sea, como dos monos y Webby estaba allí, de pie, y el tío llega hasta él y le dice: «Venga, largo. Largo de este parque, estás expulsado». Y va y se viene hasta nosotros y nos dice, a mí y a Eddie: «Ya sé que no estábais allí, estábais sentados aquí». Y Webby va y dice: «No he sido yo, ha sido...» y estuvo a punto de chivarse de nosotros, ¿eh?
Eddie.— Eso es, y yo dije: «shhh» y entonces se acordó de que no podía chivarse.

La condición de miembro del grupo informal sensibiliza al individuo ante la dimensión informal oculta de la vida en general. Hay mucho espacio interior detrás de la superficie aparente de las definiciones oficiales de las cosas. Se desarrolla una especie de doble capacidad para captar las descripciones y finalidades públicas, por una parte, y para mirar tras ellos, considerar sus implicaciones y descubrir lo que va a ocurrir en realidad, por la otra. Esta capacidad para interpretar se vive a menudo como una suerte de madurez, como un empezar a «conocer el mundo», a saber, «cómo funcionan las cosas realmente cuando llega el caso». Esto proporciona el auténtico conocimiento «interior» que le ayuda realmente a uno a vivir cada día.

PW.— ¿Creéis que habéis aprendido algo en la escuela, que haya cambiado o modelado vuestros valores?

Joey.— No creo que la escuela nos sirva para maldita la cosa (...) Nunca ha tenido mucho efecto sobre nadie, creo, después de terminar la básica. O sea que la escuela te está jodiendo cuatro horas al día. Pero no son los profesores los que te moldean, sino los demás chicos con los que te juntas. Sólo estás con los profes un 30% del tiempo de la escuela, el resto de lo pasas charlando, fastidiando, buscando camorra y enrollándote.

El grupo proporciona también esos contactos que permiten al individuo dibujar un plano alternativo de la realidad social, le da los elementos informativos para descubrir por sí mismo lo que hace que se noten las cosas. Sólo a través del grupo se producen las relaciones con otros grupos, y a través de éstos, con sucesiones de otros grupos. Los grupos de las escuelas se van fundiendo y conectando con grupos de la vecindad, formando una red que permite el paso a distintos tipos de conocimiento y de perspectivas que convierten a la escuela en algo tangencial a la experiencia total de ser un adolescente de la clase obrera en un medio urbano industrial. Es la infraestructura del grupo informal la que le da todas las posibilidades de que dispone para establecer los contactos o la cultura de *clase* como algo diferente de la dominante.

La cultura contraescolar ha desarrollado ya una forma de trueque e intercambio extraoficiales que se basan en el «mangue», las «trampas» y el «forastero», un modelo que, por supuesto, surge con mucha más fuerza en el mundo adulto de la clase obrera:

Fuzz.—O sea, si alguien dice algo como: «Estoy mirando, quiero un casette de los baratos». Bueno, se habla de eso, y uno de nosotros se entera de que hay uno, ¿sabes?, hace el trabajo por él y le dice: «Eh, te conseguí el casette».

Los valores culturales y las interpretaciones circulan de una manera «ilícita» e informal, del mismo modo que las mercancías.

Durmiéndose, escaqueándose y cachondeándose

La oposición a la escuela se manifiesta principalmente en la lucha por ganar espacio tanto físico como simbólico a la institución y a sus normas, y derrotarla en su principal finalidad expresa: hacerte «trabajar». Tanto la victoria como el premio —una forma de autonomía— desarrollan profundos significados y prácticas culturales informales. Los aspectos dinámicos de la relación alumno-profesor se examinarán más adelante. Cuando una cultura contraescolar se ha desarrollado completamente sus miembros ya se han acostumbrado a controlar el sistema formal y a limitar sus demandas al mínimo absoluto. En la explotación de la complejidad de los regímenes modernos de grupos de capacidad mixta, de horarios bloqueados y de las múltiples opciones de la RSLA, este mínimo es en la mayoría de los casos, un simple acto de presencia al pasar lista[4].

[En una discusión de grupo sobre el plan de estudios].

Joey.— (...) ¿No habría nada positivo en un lunes por la tarde? Prácticamente nada en relación con el trabajo de la escuela, el martes por la tarde tenemos natación y te meten en una clase para el resto de la tarde, el miércoles por la tarde tienes juegos y sólo se curra el jueves y el viernes por la tarde, si se le puede llamar a eso currar. La última lección del viernes por la tarde solíamos dormirla, y la mitad nos íbamos. La clase y la otra mitad no entraba en clase más que para dormir.

Spansky.— (...) No ibas a esa clase, vete al parque, échate un cigarro y en la siguiente clase vete a un profe que pase lista (...).

Bill.— También es fácil irse a casa, como éste [Eddie]... el miércoles pasado por la tarde cogió la nota y se fue a casa (...).

Eddie.— Yo no tendría que estar esta tarde en la escuela, tendría que estar en el «college» [en un curso de orientación en el que los alumnos pasan un día a la semana en una escuela superior para su instrucción profesional].

PW.— ¿Cuándo hicistéis un ejercicio escrito por última vez?

Will.— ¿Cuándo hemos hecho un escrito?

---

[4] Se ha dicho en muchos lugares que el «streaming»(*), el plan de estudios basado en materias tradicionales, los exámenes y la orientación general hacia el logro es probable que conduzcan a la aparición de grupos anti-escuela o semi-delincuentes entre las clases más bajas.

En Hammertown Boys está bastante claro que los grupos oposicionales han aparecido de acuerdo con el «streaming» al final del tercer año. Sin embargo, después de introducir grupos de capacidad mixta al comienzo del cuarto año, los grupos contraescolares se desarrollaron y solidificaron en la misma manera que se podría haber esperado en caso de perdurar el «streaming». Más aún, no fueron en modo alguno los alumnos más desaventajados quienes se implicaron en el grupo anti-escuela. Algunos de sus miembros auténticamente centrales eran capaces de leer perfectamente, aprendían y eran capaces de efectuar una amplia variedad de actividades. Han decidido que, para ellos y en esta fase de sus vidas, la vida de «los colegas» ofrecía algo más que el camino convencional. Aunque el «streaming» continuado puede tener un efecto reforzador sobre aquéllos que tienen poca capacidad en la clase «ghetto» con los efectos ortodoxos que se espera de ello, deberíamos ser conscientes de que la eliminación del «streaming» puede conducir a una mezcla social creativa que es desarrolladora, no sólo para el sistema social global de la escuela, sino también, y en particular, para su ala informal, radical y oposicional. Y todos aquéllos que se acercan la perspectiva anti-escuela serían, por lo menos, ayudados por las nuevas clases de grupos mixtos de capacidad, la enseñanza centrada en temas, la enseñanza centrada en el estudiante y la obvia confusión causada por el elevado número de cambios de grupo en el curso del día, resultado en particular del elevado número de opciones que la RSLA abre a los alumnos —en otras, por supuesto, es una cosa deseable. Ver D. H. Hargreaves, *Social Relations in the Secondary School,* RKP, 1967; M. D. Shipman, *Sociology of the School,* Longman, 1968; y R. King, *School Organization and Pupil Involvement,* RKP, 1973.

(*) Separación de los alumnos por grupos en función de su rendimiento. (N. del T.).

Fuzz.— Bueno, la última vez fue en un examen y me hizo polvo, por que escribí «sí» en un papel.

PW.— ¿Qué fue lo que te hizo polvo?

Fuzz.— Pues escribir, porque estaba intentando pasarme el curso sin escribir nada. Porque desde que hemos vuelto, no he hecho nada [era la mitad del curso].

Los novillos constituyen una medida de rechazo muy imprecisa —incluso sin sentido—, no sólo por la práctica de quedarse hasta que pasen lista antes de «escaquearse», (elevada al rango de arte por «los colegas»), sino también porque no expresa más que un aspecto de lo que podemos llamar con cierta exactitud la movilidad del estudiante informal. Algunos de «los colegas» consiguen una habilidad muy notable para moverse por la escuela a su antojo. Se organizan el día virtualmente con lo que ésta les ofrece. Los novillos no son más que una variante de importancia relativa y poco refinada del principio de autonomía que domina sobre una gran parte del programa de estudios y afecta a muchas y variadas posibilidades: quedarse en libertad fuera de la clase, quedarse en clase sin trabajar, irse a una clase que no corresponde, vagar por los pasillos en busca de emociones, quedarse dormido en privado... Lo que yace en el núcleo de la técnica que articula estas posibilidades es la capacidad de librarse de cualquiera de las clases, es decir, el mantenimiento de la movilidad personal.

[En una discusión de grupo].

PW.— Pero, ¿no hay nadie que se preocupe de si estáis o no en sus clases?

Fuzz.— Me hago con una nota de los cocineros que digan que les estoy ayudando (...).

John.— Basta con que te vayas al profe y le digas: «¿Me puedo ir a hacer un curro?». Me dirá que «sí, ¿cómo no?», porque lo que quieren es librarse de nosotros.

Fuzz.— Sobre todo si se lo pides.

Pete.— Sabes que hay agujeros en el pasillo, yo no quería bajar a deportes y el tío me dijo que fuera por las llaves, así que las eché en uno de ellos, y me tuve que ir a buscar una linterna y quedarme buscándolas.

Para los que tienen éxito, puede haber un problema de excedentes y que se haga difícil escoger entre las formas variadas que disponen para poner en práctica la autonomía.

Will.— (...) lo que estábamos haciendo, jugando a las cartas en ese cuarto, porque podemos cerrar la puerta.

PW.— ¿Cuál es ese cuarto ahora?

Will.— El centro de diversiones, donde estamos haciendo ahí los marcos [una fase nueva implantada por el subdirector], o se supone que tendríamos que estar en ello...

PW.— Pero, ¡aún estás con los marcos!

Will.— Tendríamos que haberlos terminado, pero estamos ahí encima de ellos, jugando a las cartas o echando un sueñecito (...). Bueno, es un poco rollo, la verdad es que preferiría estar sentado en clase, ¿sabes?

PW.— ¿A qué tipo de clases os gustaría más ir?

Will.—Pues, Ciencias, creo, que te puedes reír a veces.

Esta autonomía y frustración de los fines de la organización formal, es también un atentado contra la noción oficial del tiempo. La tarea más ardua del subdirector es la de la elaboración de los horarios. En las grandes escuelas, que permiten varias opciones en el quinto año, hay que encajarlo todo con el mayor cuidado. Las primeras semanas del curso se pierden en continuas revisiones, porque los profesores más jóvenes protestan y algunas combinaciones concretas se revelan impracticables. El tiempo, igual que el dinero, tiene valor y no puede malgastarse. Hay que organizarlo todo de forma que surja un tipo de método exigente que lleve a la realización de los fines de la escuela. Las asignaturas se convierten en bloques de tiempo cuidadosamente conectados unos con otros. Tan importante como los edificios de la escuela es el plan de estudios como institución reguladora del tiempo. Los complejos esquemas que cuelgan de las paredes del despacho del subdirector muestran cómo funciona. En teoría es posible saber lo que hace cada uno de los individuos de la escuela en cualquier momento, pero eso nunca cuenta para «los colegas». Si alguien quiere algo de cualquiera de ellos, es mucho más importante conocer y entender sus ritmos y formas propios de movimiento, que rechazan los fines evidentes del horario y su noción implícita de tiempo. La queja más corriente que expresan los profesores y los «pringaos» acerca de «los colegas» es la de que «pierden un tiempo valioso». El tiempo no es para éstos una cosa que se cultive cuidadosamente y que se use para conseguir objetivos deseados para el futuro, sino algo que reclaman para ellos como un aspecto de su identidad y autonomía inmediatas. Se utiliza para mantener una situación, la de permanecer con «los colegas», y no para conseguir un objetivo, el aprobado.

Hay, por supuesto, un sentido de urgencia a veces y los individuos ven como se acerca el fin de sus estudios y la necesidad de encontrar un trabajo. Pero para su cultura el tiempo es importante en cuanto que supone una liberación del tiempo institucional. Para ellos el tiempo pasa en unidades exactas. No está planificado y no se contabiliza en términos de pérdidas o de intercambios esperados.

«DE CACHONDEO»

«Hasta los comunistas se ríen» (Joey).

El espacio ganado a la escuela y a sus normas lo utiliza el grupo

para dar forma y desarrollar sus propias destrezas culturales dedicadas principalmente a «estar de cachondeo». El «cachondeo» es una aportación polifacética de gran importancia en la cultura contraescolar. Como vimos anteriormente, la capacidad para provocarla es una de las características que definen el ser uno de «los colegas». «Nosotros podemos hacer que ellos se rían, pero ellos no pueden hacernos reír a nosotros». Esto se utiliza también en otros muchos contextos: vencer el miedo, el aburrimiento, superar dificultades y problemas, como una salida para casi todo. En muchos aspectos el «cachondeo» es el instrumento privilegiado de lo informal, lo mismo que el mando lo es de lo formal. «Los colegas» entienden perfectamente la especial importancia del «cachondeo».

> [En una discusión individual].
> Joey.— Para mí tomarlo todo a coña es la única forma de pasar de todo. No hay nada que me impida reír (...) Me acuerdo una vez, estábamos John y este otro chaval y yo y vinieron un par de chavales y me metieron una hostia por no sé qué, y John y el otro chaval se abrieron y yo intenté arrearles otra para devolvérsela pero no hubo manera... así que yo también me abrí, y me las estaba pirando totalmente pálido pero muerto de risa. Y los tíos me decían: «No te rías, capullo». Me tenía que haber cagado de miedo pero me tiraba al suelo de risa. (...).
> PW.— ¿Qué es eso de «estar de cachondeo» (...) por qué es tan importante?
> Joey.— (...) No lo sé, ni puta idea de por qué es tan importante (...) Puede que sea sólo como un buen regalo, eso es todo, es una buena manera de salir de cualquier mal rollo. Si te ríes, es decir, si eres capaz de convencerte realmente de que te ríes de veras, te libras de un montón de malos rollos (...) Si no te ríes alguna vez te puedes volver majara.

La escuela suele ser un campo fértil para las risas. La escuela desarrolla y da forma a ese ambiente característico en el que se desarrolla el tipo de humor inherente a «los colegas». Estudiaremos después métodos pedagógicos concretos como material de desarrollo cultural y humorístico. De momento podemos fijarnos en cómo se tratan temas concretos sobre la autoridad y cómo es esta tratada en su humor. La mayoría de sus bromas no significan lo mismo y ni siquiera resultan divertidas en cualquier otro lugar. Cuando un profesor entra en clase le dicen «el subdirector se ocupa de nosotros, Vd. puede irse. Ha dicho que se tome este rato libre». «Los colegas» paran a chicos de tercero o cuarto curso y les dicen: «Oye, que el Sr. Argyle quiere verte, me parece que estás metido en un lío». Al poco tiempo, el despacho del Sr. Argyle se llena de jóvenes preocupados. Para a un profesor nuevo y le dicen: «Soy nuevo en esta escuela y el director ha dicho que si Vd. puede enseñármela». Al empezar el profesor a mostrarle las cosas, unas risas dan por finalizado el juego. Cuando se corre la voz de que el director

está mirando la escritura de los alumnos para descubrir quién ha estado pintarrajeando las paredes del nuevo edificio, Fuzz dice: «El capullo no puede comprobar la mía, yo no escribí nada». En una búsqueda humorística del punto crucial en el que la autoridad entra en contacto con el código informal a través del tabú sagrado de la información, nos encontramos ante una corriente de historias reveladoras que, en parte, invitan al profesor a desempeñar su papel formal con mayor efectividad: «Por favor, por favor, señor, Joey está hablando/mangando algunos compases/hurgándose en la nariz/matando a Percival/deshinchándole los neumáticos del coche».

En un sentido más amplio el «cachondeo» forma parte de una forma irreverente de comportarse. Como un ejército de ocupación invisible, la dimensión informal de los «colegas» se desparrama por todas partes en busca de incidentes divertidos, subversivos y provocadores. Hasta las zonas estrictamente vigiladas, como el salón de actos, les dan muchas posibilidades de utilizar este otro método. Durante una reunión Spansky le vacía el bolsillo de la chaqueta a uno que está sentado delante y pregunta ostentosamente: «¿De quién es esto?», mientras Joey ata las chaquetas a las sillas y los demás estropean el canto colectivo.

> Joey.— Mientras estamos en el salón de actos, de lo que más nos ocupamos es de los enganches de las sillas. Si los quitas y sujetas con ellos la ropa de alguno a la silla y te esperas a que se levante... Y nunca estás atendiendo de verdad... hay que ser discreto para que Clark [el subdirector] no te vea y te saque afuera, los demás profes no cuentan.
> (...)
> Joey.— Hasta en el himno... cuando de hacen cantar...
> PW.— ¿Pero, os hacen cantar? No os he visto cantar a muchos...
> —Yo estaba ahí, de pie, moviendo los labios.
> —No tenemos más que un libro para toda la clase. Uno sólo para veinticinco.
> —Cuando cantamos lo hacemos de coña.
> Fuzz.— Cantamos los versículos que no son... Si hay que cantar el uno, cantamos el tres, y así...
> [Risas].

Durante las proyecciones de películas atan nudos imposibles de soltar en los cables del proyector, hacen con los dedos figuras de animales o formas obscenas sobre la pantalla o les dan golpes a los «pringaos» que están delante.

Mientras vagabundean por el parque cercano a la hora del almuerzo enredan en la bici del guardián, enchufándole la dinamo: «Esto le hará ir más despacio al gilipollas ese». Empujan o arrastran todo lo que está suelto o es transportable, vacían papeleras, destrozan señales... Todo lo que tenga aspecto de ser de propiedad particular y no esté vigilado se convierte en un objetivo posible:

[En una discusión de grupo sobre gamberrismo].

Pete.— ¡Puertas!

Joey.— Las puertas son lo mejor. Golpear a las puertas, llevárselas, cambiarlas de sitio.

Bill.— Eso es lo que hacíamos. Ibamos a la Bolera, ¿sabes?, la que está en Brompton Road, y había una casa que estaba en venta. Le quitamos el cartel de anuncio y se lo pusimos a la de al lado, luego cogimos el cesto de la leche de otra y se lo pusimos a la de más allá (...) así cambiamos de sitio un montón de cosas.

Spansky.— Y las papeleras [risas]... todas las noches vamos a algún jardín y cogemos un enano o un reloj de sol, o un puente o un enano que está pescando y los ponemos en algún otro sitio raro (...)

Las visitas fuera de la escuela son una pesadilla para los profesores, por ejemplo las visitas a los museos. Los asientos traseros del autobús siempre quedan libres para «los colegas», que irremediablemente llegan tarde. En seguida, una densa nube de humo azulado cubre la parte trasera del vehículo, aunque no haya ninguna brasa de cigarrillo a la vista. Al regreso, el tutor se encuentra con los asientos pintarrajeados de garabatos y nombres y al día siguiente tiene que enviar a los culpables al garaje a limpiar el autocar, «para salvar el buen nombre de la escuela».

En el museo, los «colegas» son una plaga de langostas hambrientas y carente de toda dignidad. En la reproducción de una farmacia victoriana sobre la que hay un cartel bien visible que dice «Por favor, no tocar», los «colegas» se dedican a coger, tocar y manosear todo lo que hay a la vista. Sacan a puñados los caramelos para la tos que están en los tarros, encima del mostrador, se balancean sobre las patas traseras de las sólidas sillas de madera, para «ver lo fuertes que son».

Se amontonan sobre la maqueta de un pueblo, ocultándola a la vista del vigilante, Spansky dice con voz de fingida alarma: «Mira, está roto ahí», mientras lo golpea con la mano y Joey coge a uno de los hombrecillos que ha sido puesto con tanto cuidado y dice: «He secuestrado a uno de los ciudadanos».

En cuanto pueden despistar al profesor, salen a la calle a fumarse un pitillo. Joey destripa al hombrecillo para ver «lo que lleva dentro» y Spansky se muestra preocupado por si las pastillas contra la tos le pueden matar. Se juntan en un círculo y señalan hacia el cielo: «Ahí está, encima de esa casa», o se quedan mirando fijamente al suelo y se parten de risa cuando alguien se acerca a ver qué pasa. Se quedan parados frente a una tienda de electrodomésticos y miran fijamente a la señora que está arreglando el escaparate: «Vamos a mirarla fijamente hasta que no sepa donde meterse». Lo consiguen y se marchan. Por último, los que tienen algo de dinero, se van a un bar a tomar algo y hablan a gritos de la escuela y les da una risa algo insegura si la gente les mira. Cuando vuelven al autocar, como siempre con retraso, los asientos traseros continúan vacíos, se acercan todos «en mogollón» al joven profesor y le dicen: «A Spansky le pasa algo, señor, le huele el aliento», «A Eddie le sale fuego por la boca, ¿podría Vd. apagárselo?

Al día siguiente, en la escuela, el director les llama a su despacho y antes de entrar, en la salita de espera, se preguntan por qué les han «ligado esta vez»: «Va a ser por lo de los caramelos» o «por cantar en el autobús» o «por ir al bar» o «por prender fuego a la hierba en el parque» o «por decirle al guarda del parque que se fuese a tomar por culo» o «por lo que le hicimos al pueblo». Se sorprenden y sienten aliviados al saber que es por pintar los asientos. Cuando el director llama a uno de «los colegas», su primer problema es repasar mentalmente la lista de cosas sobre las que puede ser interrogado, el segundo problema es inventar una historia adecuada para cada una de las respuestas que habrá que dar. Cuando se cruza lo informal con lo formal, la culpa y la confusión que se produce en sus mentes es mucho mayor que el agudo sentido de culpa que se produce en la del director. A menudo hay una sorpresa real ante la naturaleza marginal y trivial del gamberrismo que ha producido «todo ese lío», especialmente debido al paisaje oculto que podría haber quedado al descubierto.

Desde luego, los «colegas» no están siempre recurriendo a estímulos o víctimas para el «cachondeo». Las interacciones y conversaciones del grupo toman a menudo la forma de «mosqueo». Tienen un sistema de relación personal muy físico y brusco, lleno de golpes, puñetazos, patadas, golpes de karate, empujones, etc., que duran largo rato y pueden llevar a alguno de ellos hasta las lágrimas. Las «tomaduras de pelo» suelen ser igual de rudas y van dirigidas a los mismos, por las mismas razones, que consisten normalmente en la imaginaria estupidez del que corresponda. Esto resulta irónico desde el punto de vista del rechazo que sienten los «colegas» hacia el trabajo escolar, e indica un toque de valores tradicionales que ellos negarían inmediatamente. Aunque normalmente los «colegas» se resisten a las fórmulas convencionales para mostrar sus conocimientos, la verdad es que a los más capaces les gusta ser considerados como «agudos». Algunos valores culturales como el ingenio y el humor quedan patentes en algunas de las materias escolares. Joey, por ejemplo, mantiene un cuidadoso equilibrio entre el «cachondeo» con los «colegas» y el escribir de vez en cuando una redacción «brillante». En algunos aspectos, la estupidez manifiesta se castiga más duramente en el ambiente de los «colegas» que en el de los profesores, los cuales no esperan nada mejor. Muy a menudo, el tema de las bromas pesadas es sexual, aunque puede consistir en cualquier cosa, cuanto más personal, hiriente y adecuado, mejor. El auténtico espíritu de lo ingenioso no tiene para ellos más que una importancia menor, lo que les interesa es la búsqueda persistente de la debilidad. Es necesaria una cierta práctica y una desenvoltura cultura para montar unos ataques como esos, y más aún para enfrentarse a ellos con éxito.

[Un grupo de «colegas» durante un recreo].
Eddie.— X consigue que las titis le cojan el rabo mientras está echando una meada. [Risas].
Will.— Pregúntale quién le limpia el culo. [Risas].
Spike.— ¡Qué hijoputa! Me apuesto a que le cambia las compresas a la tronca.
Spansky.— ¡Con los piños! [Más risas].

[Llega X].

Spansky.— ¿Tuviste una velada meona?
Bill.— ¿O cagona?
Spansky.— ¡Qué guarro...! Yo no podría hacerlo.
Bill.— Aguanta un pelín, quiero que me cojas la polla mientras echo una meada. [Risas].
X.— ¿Por qué...?
Will.— (interrumpiendo). No lo sabe...
Bill.— ¿No te coge la polla tu titi mientras meas?
X.— ¿A quién? [Risas e interrupciones].
—A tí.
X.—¿Quién?
—Tú mismo.
X.— ¿Cuándo?
Spike.— Tú se lo contaste a Joey y Joey me lo contó a mí.

Continuamente están planeando bromas contra personas que no están presentes: «Vamos a enviarle a Coventry cuando venga», «vamos a reírnos de todo lo que diga», «vamos a hacer como que no le entendemos y le decimos: ¿Cómo dices? cada vez que hable». Algunos individuos pueden coger fama de «guarros» y convertirse en víctimas de constantes ataques por ello, o por ser un «tarugo», o incluso por «no tener más que una chaqueta que ponerse». El lenguaje que usa el grupo, especialmente en el contexto de la burla, es mucho más brutal que el que utilizan los integrados, está sembrado de tacos y emplea profusamente enérgicas variedades dialectales, expresándose en un argot peculiar. La charla surge, entre «los colegas» y en su propio ambiente y a su manera, con mucha naturalidad:

[En una discusión de grupo sobre los novillos].
Joey.— (...) Siempre estás buscando a alguien [cuando se hacen novillos] y siempre encuentras algo de qué charlar.
PW.— ¿Entonces qué es lo que hace que no os aburráis?
Joey.— Lo que es dar palique, se da siempre cuando estamos juntos, es que no paramos.

Lo aburrido y lo emocionante

PW.— ¿Qué es lo contrario de lo aburrido?
Joey.— Lo emocionante.
PW.— ¿Y, qué es lo emocionante?

Joey.— Desafiar a la ley, romper la ley, beber, por ejemplo.
Spike.— Chorizear.
Spansky.— O enrollarse por las calles.
Joey.— Andar por ahí haciendo el bestia y mosqueando al personal. Eso es lo contrario de amuermarse. Es emocionante saltarse la ley y, cuando te vas al (pub) Plough, a enrollarte con el de la barra y a soplar, haciendo que tienes catorce o quince años y que tendrías que tener dieciocho.

El «cachondeo», el hablar mal y comportarse peor, es bastante efectivo, aunque no del todo, para combatir el aburrimiento, un aburrimiento que se ve incrementado por el éxito que cosechan haciéndole el juego al sistema.

La emoción y el prestigio que produce el hecho de formar parte de «los colegas» surgen de actividades más antisociales que éstas y que los definen de forma más exacta, diferenciándolos de los «pringaos» y alejándolos de la escuela. Hay auténtico disfrute en las peleas, en el ejercicio de la intimidación y la provocación, así como en hablar de ello y de las tácticas que se utilizan. A través de las peleas se expresan valores culturales muy variados. La insolencia masculina, la puesta en escena dramática, la solidaridad del grupo, la importancia de un pensamiento rápido, claro y no supramoral aparecen una y otra vez. Las actitudes frente a los «pringaos» se expresan también, con un alto grado de claridad y precisión, a través de la agresión física. La violencia y su valoración forman el eje fundamental de la ascendencia de que disfrutan los «colegas» sobre los conformistas, en casi la misma medida en que utilizan el conocimiento frente a los profesores.

En la violencia se encuentra el compromiso total, por más que no resulte específico, con una forma ciega o distorsionada de rebeldía, rompiendo la tiranía convencional de «la norma». Se opone al machismo (*). Ésta es la última vía de ruptura con el flujo de significados insatisfactorios por imposición desde arriba o por limitaciones del entorno. Es una de las vías para hacer de lo mundano algo concreto. El asumir de manera usual el flujo del «yo» desde el pasado hacia el futuro se interrumpe: se rompe la dialéctica del tiempo. Las peleas, de la misma forma que los accidentes y demás crisis, sitúan dolorosamente en el «ahora», desapareciendo el aburrimiento y las minucias. Lo concreto y lo que importa es lo que va a pasar en los próximos segundos y, una vez que se ha experimentado el miedo a la pelea y la consiguiente excitación, al cerrar la jornada sano y salvo, se vuelve uno adicto, ya que se convierten en posibilidades permanentes de aliviar al aburrimiento, en elementos que impregnan toda una presencia y un estilo masculinos.

(*) En español en el original. (N. del T.).

Joey.— No hay caballerosidad ni nada de esas chorradas. No hay más que... si te vas a pelear, lo haces a lo bestia, así que te lo tienes que hacer a tope y ganar, sea como sea, o que te ayude otro o por los medios más sucios que sea, como meterle los dedos en los ojos o morderle una oreja o así.

(...)

PW.— ¿Tú crees que hay chavales en la escuela que no entren en las peleas?

Spike.— Bueno, si le entras a uno y no te la devuelve, te puedes volver loco.

PW.— ¿Por qué?

Eddie.— No aguanto a esa clase de tipos.

Spansky.— Sí, «no te voy a pegar, soy tu amiguete».

PW.— Bueno, ¿qué pensáis de esa manera de verlo?

Joey.— Depende de cómo le hayas entrado tú. Si es una cosa que no tiene importancia, como darle una toba y no te la devuelve porque está un profe, pero si es algo realmente contra uno tanto si pelea como si no, le sigues dando.

PW.— ¿Qué sentís cuando estáis peleando?

Joey.— (...) es estupendo... es como un terror, bueno, después... Lo que sé es que cuando estoy peleando voy a por el tío a tope, le entro a matar.

PW.— ¿Os sentís realmente con miedo, cuando os peleáis?

Joey.— Sí, yo me pongo a temblar cuando me voy a pelear, realmente los tengo de corbata, pero ya que estás en ello, empiezas a coordinar el pensamiento y la cosa se va poniendo cada vez mejor y si vales lo bastante, le haces morder el polvo y te puedes sentar encima de su coco.

Sería necesario tener en cuenta que, a pesar de su capacidad destructiva, de su naturaleza antisocial y de su aparente irracionalidad, la violencia no es algo verdaderamente fortuito, ni significa en manera alguna una subversión absoluta del orden social. Incluso cuando se dirige contra grupos externos (sirviendo de ayuda, por tanto, para definir al «grupo interno»), uno de los aspectos más importantes de la violencia es precisamente su significado social en el interior de la cultura propia de «los colegas». Representa el último movimiento, tanto como la legitimación definitiva del sistema de consideración informal. Sirve de regulador para una suerte de «honor», incluso si está fuera de lugar, distorsionado o lo que sea. Le pelea es el momento álgido en el que el individuo pasa la prueba de la cultura alternativa. El rechazo de la pelea o el pelear como un vulgar aficionado es desastroso para la consideración informal y para la reputación masculina. Aunque el colega no está obligado necesariamente a buscar pelea, actitud reservada a los muy «duros», figuras respetadas pero no especialmente queridas, con las que es difícil andarse con «coñas», lo que sí se espera de él es que no se deje insultar ni provocar impunemente: tiene que ser capaz de «cuidar de sí mismo», de ser un «echao palante», de pararles los pies peleándose con los que le intenten empujar.

Entre los líderes más influyentes —que no son generalmente ni los «duros» ni los matones—, la habilidad en la pelea es lo que determina la ley del más fuerte. Esta capacidad para la pelea, demostrada no muy a menudo, es la que establece el valor de la consideración de cada cual, que se basa normalmente en otros aspectos, como la presencia masculina, el pertenecer a una familia «conocida», el ser un «cachondo», la amplitud de los contactos informales.

La violencia, sin embargo, es considerada una forma impredecible y peligrosa de adjudicación definitiva de la que no debe permitirse que escape del control entre iguales. Es necesario preferir la violencia verbal o simbólica, y si se vuelve inevitable una pelea real, hay que restaurar lo antes posible los controles sociales normales y el esquema establecido de consideración pública.

PW.— (...) ¿Cuándo tuviste la última pelea, Joey?

Joey.— Hace dos semanas... El lunes antes, por la noche, empezó a correr ese estúpido rumor. Fue una verdadera tontería, no tenía que haberse enterado el tipo ese de que le iba a sacudir, y no salió de mí, nos peleamos y nos separaron. Lo dejé marcado. Él me mordió y me dio en todo el morro, me hizo polvo la nariz. Pero yo casi le saqué un ojo con el pulgar y le abrí la cabeza en dos, y después, cuando nos habían separado ya, le dije que él también me lo tenía a mí, y se acabó todo. Es como si... bueno, él es también de una familia grande, como nosotros, y tienen un par de huevos, son los broncas de los Jones y... bueno, no queríamos que pasara nada gordo, así que le trinqué y le demostré lo que es fuerza.

De un modo más general, el ambiente de violencia impregna con sus connotaciones de masculinidad toda la cultura del grupo. La condición física de todas las interacciones, los amagos de empujones y peleas, el pavoneo ante las chicas, las demostraciones de superioridad y las humillaciones de los conformistas le deben mucho a la gramática de las situaciones reales de pelea. Este estilo es difícil de simular cuando no se ha experimentado la auténtica violencia. Éste es un tema que sale a menudo a la superficie en los trabajos y redacciones escolares, especialmente en esta época de permisividad y tolerancia. Uno de los trabajos de Bill en clase de inglés empieza: «No podíamos ir a por los Paquis siendo sólo cuatro», y sigue: «vi cómo le hundía el pie en la ingle» y «pateándole la cabezota», hasta que «todo se puso negro», cuando es a él mismo a quien se han cargado. En la opción cinco del RSLA, en la que los alumnos pueden realizar sus propios cortometrajes, los «colegas» ruedan siempre historias de atracos a bancos, asaltos y persecuciones violentas. Joey se lo toma más a pecho que nunca cuando está dirigiendo el rodaje de una secuencia de lucha y Spansky no desafía de forma realista a su contrincante: «Entrale como es debido, venga, tienes que decirlo: «te voy a destrozar, hijo de puta»,

«no, bueno, vamos a luchar». Más tarde, se indignará con Eddie, cuando éste se arroja sobre otro a terminar la pelea: «Eso no se hace así, tienes que darle de patadas y no hay por qué mancharse la ropa».

Los permanentes temas de violencia simbólica y física, la pinta de duros y la presión que ejerce un determinado tipo de masculinidad se expanden y se expresan más claramente entre los «colegas» en la calle, durante la noche y especialmente en las discotecas. Aunque son relativamente caras y no muy diferentes de lo que por la décima parte del precio les dan en el Youth Club, las discotecas constituyen la diversión preferida, básicamente porque son zonas fronterizas llenas de peligro y competición en una atmósfera y unas relaciones sociales que no se encuentran en éste. Puede criticarse el suministro comercial en muchos niveles, entre los que no son los menores el gasto y la instrumentación que significa para los suministrados. Sin embargo, responde a los deseos del cliente, tal como los siente éste, sin imponerle restricciones morales respecto a la forma de expresarlas. En cierto modo, los «colegas» tienen una especie de libertad en las discotecas. Su forma alienada y explotadora al menos les deja libres de la claustrofobia y de la represión de los imperativos morales incoherentes u opresivos que producen las organizaciones oficiales dedicadas al ocio. Las formas culturales innatas pueden aflorar y actuar recíprocamente sin necesidad de que las dirijan desde arriba:

Spike.— Lo bueno es cuando hay un bar en la disco.

Will.— Sí, yo creo que si hay un bar hay que tener más... cuidado, andarse con ojo, porque hay gente que se ha metido unas birras (...) andan mirando como si fueran buitres y se dicen: «Me voy a tirar el folio» y se dan unas vueltas con toda su pinta de matones, ¿sabes? (...) Lo único que hacen es buscarse bronca.

Spike.— Bill Everett y otros como él, se andan paseando a ver si alguno les mira para meterle un par de hostias (...).

PW.— ¿Cómo empezáis la pelea, mirándole a alguno?

Spike.— No, cuando alguno te mira a ti.

Will.— Eso es, simplemente te das unas vueltas para que alguno te mire.

Spike.— O si pasas junto a uno, le pegas un empujón y te pones a jurar que alguien te ha empujado a ti.

PW.— De modo que si estás bailando y no quieres pelea tienes que pasártelo mirando al suelo, ¿no?

—No.

—De verdad que no.

Spike.— (...) Mirarles, joderles y pirarse.

Fuzz.— Si conoces a mucha gente hablas con ellos, también te sientes más seguro si conoces a un montón de gente.

Will.— Está bien si conoces a un montón de gente.

Spike.— Si vas a una discoteca y no conoces a nadie el asunto es crudo.

(...)

Spike.— El ambiente no está allí [en el aula juvenil de la escuela], allí no hay ni siquiera un bar. Tienes que beber la jodida gaseosa y comer tabletas de chocolate toda la noche.

Will.— Creo... que este club podría funcionar si entraran nuevos chavales que nunca hubiéramos visto.

Spike.— Entonces sí estaría bien.

Will.— Entonces estaría bien, porque habría algo de ambiente y ya sabes, podríamos mirarnos, y después volver y decir, «no me gusta ese tipo, fíjate cómo nos está mirando». Y después podría pasar algo fuera... pero allí siempre tienes a Jules [el líder juvenil] que sale fuera y tal, ¿sabes?

Las actividades de la tarde y de la noche sustentan todas las divisiones de la escuela además de otras —a veces más ocultas, especialmente si implican diferencias de clase— ulteriormente proyectadas sobre la vestimenta, la música y el aspecto exterior. Ser un «colega» en la escuela está también asociado con «estar fuera» por la noche desarrollando un entendimiento social no sólo de la escuela sino también del barrio, de la ciudad y de las calles:

Will.— Clasificarlos como chavales modernos, vale, los chavales que visten moderno, vale. Están los tíos duros, están los que son tranquilos (...) pero pueden cuidar de sí mismos o sea, visten moderno y van por ahí con los tíos duros y tal. Además están los que dan dinero, chavales a los que no se les puede sacar el dinero, que compran la amistad. Además están los julais, los maricones (...).

PW.— Julai no significa marica.

Will.— No, significa lo mismo que pringaos, inocentones, no oyen al diablo, no ven al diablo (...) Creo que los tipos duros y los del «reggae» ¿sabes lo que quiero decir?, «reggae» y «soul» (*) no oyen a esos payasos, o sea a los julais, los maricones, toda esa chusma como... los Osmonds, ¿sabes?, Gary Glitter.

PW.— (...) Colgaos hipis (...) ¿dónde los metéis, Will?

Will.— Sí, bueno, no sé (...) te das cuenta que muchos de esos bichos son muy sesudos y todo eso.

Spike.— No son de nuestro ambiente (...).

Fuzz.— Quiero decir, por ejemplo tú vas al «Plough» cuando ponen los discos (...) cuando ponen «heavy» (**), y ves a chavales con el pelo largo, ropas desgastadas (...) vaqueros y todo eso, y si vas a un sitio donde pongan soul y ves chavales con pantalones holgados, ¿sabes?, camisas de cuello duro, puedes ver la diferencia.

(...)

Will.— Creo que también te puedes sentir fuera de ese rollo, porque yo por ejemplo he estado en el «Junction», en la parte

(*) Estilos de música negra. (N. del T.).

(**) El «heavy» (o «heavy-metal») es un rock fuerte propio de barrios periféricos. (N. del T.).

alta de la ciudad, es un sitio duro, ahí llegan todas las drogas y todo eso, y todo el mundo viste como «colgaos» (...) y notaba que estaba fuera, ¿sabes lo que quiero decir?, me sentía más elegante que el resto, como si fuera a una boda, o estaba de verdad en una boda, y ellos trabajasen en una granja.

Es la amplia perspectiva, la libertad extra y las mayores oportunidades para la emoción lo que hace que la noche sea infinitamente preferible al día (en la escuela). En algunos aspectos la escuela es un espacio en blanco entre las oportunidades para la emoción en la calle o en la discoteca con los compañeros, o tratar de «hacérselo» con una chica. En las redacciones sobre «las principales cosas que te ocurren en el día» hechas por los «colegas», sólo aparece la escuela como «fui a la escuela», aunque la mitad de los aspectos detallados incluyen las importantes actividades de «ir a casa, cambiarse, salir». Sin embargo, aunque la escuela puede ser arrinconada por muchos de estos chavales, esta «invisibilidad» no debería llevarnos a creer que la escuela no es importante en la forma en que ellos la experimentan (ver el siguiente capítulo).

La presión para salir por la noche, para ir a una discoteca antes que a un club juvenil, ir a los pubs más que estar en ellos, comprar ropas modernas, fumar y salir con chicas —todas estas cosas que son concebidas como constitutivas de «aquello de que va la vida en realidad»— plantean enormes presiones financieras sobre los «colegas». La escasez de dinero es la presión más grande en su vida, en cualquier caso después de la escuela:

[En una discusión individual].
Joey.— (...) después de todo, no puedes vivir sin pan, hay que hacerse a la idea, el jodido dinero es el sabor de la vida, el dinero es la vida. Sin dinero, te morirías. Quiero decir que no hay nada para comer, no puedes comer árboles, no puedes comer gatos.

Todos los posibles contactos en la familia o con los amigos y conocidos casuales son explotados y el barrio es recorrido en búsqueda de trabajos en pequeños negocios, tiendas, trabajos de reparto de leche, de limpiadores, de fabricantes de llaves, de vendedores de helados y de descargadores en los supermercados. A veces se tiene más de un trabajo. No es infrecuente una jornada de más de diez horas por semana. Desde cuarto curso Spike piensa que su trabajo en una tienda de ropa es más importante que la escuela. Con toda la alegría del mundo deja de acudir a la escuela para ir a trabajar. Está orgulloso del dinero que gana y gasta —incluso contribuye al pago de la factura del gas cuando sus padres tienen una «mala semana». Joey trabaja con su hermano como pintor y decorador durante el verano. Lo contempla como su «auténtico» trabajo, y a la escuela la ve como una especie de vacaciones forzadas.

No hay duda de que esta habilidad para «entender» el «mundo real», para manejar a veces grandes cantidades de dinero (Spike gana regularmente más de veinte libras por semana, aunque la media para las demás está algo por debajo de las cinco libras) y para enfrentarse con los adultos casi en sus propios términos fortalece la autoconfianza de «los colegas» y su sentimiento, en cualquier caso en este punto, de que «aprenden» mejor que en la escuela.

Se da incluso un profundo sentimiento de superioridad hacia los profesores. Estos no saben «como funciona el mundo», porque han estado en las escuelas o en los colegios toda su vida —«¿Qué saben, dinos...?». Como se verá en el siguiente capítulo, hay muchas similitudes entre la contracultura escolar y la cultura de fábrica. La cultura escolar emergente es fortalecida y alimentada materialmente por lo que «los colegas» consideran su única fuente de verdadera mundología: el mundo de trabajo de la clase obrera.

Este contacto con el mundo del trabajo, sin embargo no se hace con propósitos de edificación cultural. Se hace dentro del específico nexo de la necesidad de dinero, y responde a, y es explotado dentro de ese nexo. La misma manera de aproximación al mundo del trabajo en esta fase reproduce una de sus características principales— el ámbito del dinero. La práctica casi universal de «estafar» y de «hacerse los extranjeros», por ejemplo, llega a «los colegas» no como una herencia nuestra sino como una profunda necesidad: necesitan el dinero. Como dice Spansky, «si sales con el dinero justo en el bolsillo para tomarte una caña, te sientes diferente», y es tan sólo el trabajo a tiempo parcial, y particularmente sus «estafas», lo que les ofrece la capacidad variable extra para conseguir dinero. Esta forma de temprana exposición al trabajo ayuda a establecer parámetros para su posterior comprensión del trabajo y de la recompensa, la autoridad y sus equilibrios, y una especie particular de resentimiento contenido hacia aquellos que los manejan y dirigen:

[En una discusión de grupo acerca del trabajo a tiempo parcial].
Spike.— (...) era alrededor de las ocho de la mañana, allí estaba [el carnicero], tenía un teléfono, tenía un gran paquete de diez chelines, y dejó dos montones encima del teléfono, así que los cogí. Abrí la bosla, cojí un puñado de paquetes de diez chelines, salí zumbando y me piré. Me dijo, «tú has hurgado en esa jodida bosla, los paquetes estaban encima del teléfono». Bueno, no podía decir mucho (...) así que me mandó a tomar por culo (...).
Will.— (...) había unos servicios fuera de la tienda [en la frutería donde trabajaba] pero estaban totalmente bloqueados por las repelentes verduras y esas cosas, y solía poner las [coliflores] encima de la cisterna, ¿sabes?, (...) me dijo, le vi contándolas, y dice, «eh... falta una aquí». Y yo le dije, «no falta ninguna». Y va y dice «que sí». Le digo, «lo debo haber puesto aquí, aquí hay una», y no las contó y sin problemas. Creo que me quería tender

una trampa, creo que fue el viernes por la noche cuando pasó. Al día siguiente (...) tenía que hacer un fuego en la parte de atrás para quemar toda la porquería y todo eso, y quemé lo que había por ahí, queme todo hasta un banco. Se quedó todo como un desierto, todo estaba seco, totalmente seco, así que cogí una caja de cartón, una caja de cartón como esa, y la tiré por ahí y puse el banco en el fuego para ver si venía alguien. Vino un tipo y me dice «¿tenías que quemar el banco?» [Risas]. Se volvía loco. Dice: «¿Has sido tú?» Le digo, «no, ha debido ser el carnicero porque estaba haciendo un fuego». Vinieron los coches de bomberos y toda la pesca.

Se puede conseguir dinero ahorrándolo de la asignación de la comida, de la posibilidad de extorsión limitada a los «pringaos» y a los chicos pequeños —aunque los «sablazos» primero y segundo no son muy practicados. A menudo el último recurso —y a veces el primero— para tener «dinero en tu bolsillo» es robar. La escasez de dinero no debería ser subestimada como una base material compulsiva para el robo. En una muy típica articulación de varios motivos, sin embargo, el «robo» es también una fuente de emoción superior a la pelea. Te pone en peligro, y rompe la estrechez de miras del «yo». «La norma», la dominación diaria de lo trivial y el apresamiento de lo formal se rompen por un momento. De algún modo un robo exitoso desafía y golpea a la autoridad. Una extraña clase de libertad —incluso aunque es sólo un conocimiento privado— se desprende del desafío a las convenciones y las subsiguientes recompensas. Si eres «pillado», las destrezas particulares para «buscarse la vida» pueden ayudar a sobrellevarlo, y se consiguen una emoción y satisfacción renovadas si te «puedes escapar». A veces, por supuesto, no consigues «escapar». Dos de los chicos de Hammertown Boys estaban en libertad condicional por haber robado radiocasettes de coche durante el periodo de investigación. Esto es desastroso. Se implica a los padres, se escriben informes oficiales y todo tipo de preocupaciones inespecíficas acerca de los procedimientos de los tribunales y los interminables procesos burocráticos convierten la emoción inicial en un aburrimiento. Es éste un momento, de nuevo, en que lo formal obtiene una victoria decisiva e irrevocable sobre lo informal. Los significados informales no sobreviven en una confrontación directa. Sin embargo, dada la práctica universalidad del robo entre «los colegas» hay pocas condenas por robo. Se sufren muchos apuros y el temor a «ser pillado» añade emoción extra y un pronunciado sentimiento de agudeza y habilidad cuando «te lo has montado».

[En una discusión de grupo].

Bill.— No hay esperanza aquí, no hay nada que hacer. Cuando tienes dinero, ¿sabes?, puedes ir al pub y tomar algo, pero, ¿sabes?, cuando no tienes dinero, o tienes que estarte sentado o pasear por la calle y ninguna de las dos cosas es buena. Así que te das una vuelta y estás de cachondeo.

Joey.— No es sólo que te lo pases bien, es que piensas que te lo puedes montar... no piensas nunca en los riesgos. Simplemente lo haces. Si hay una oportunidad, si la puerta del almacén está abierta, te metes dentro, ves lo que puedes robar y entonces cuando sales, si no te han cogido en el acto, cuando sales estás contento de verdad.

Bill.— Porque has demostrado a los otros que lo puedes hacer. Ése es un motivo.

Joey.— Porque estás desafiando a la ley otra vez. La ley es grande y también lo es la autoridad y nosotros sólo somos individuos que nos lo estamos montando.

(...)

Fuzz.— (...) fuimos todos a la comisaría [por robar en una tienda de artículos deportivos], todos nuestros padres habían llegado antes. Nos pusieron con nuestros padres y el poli nos dijo que íbamos a estar todos de pie, ¿sabes?, miró alrededor, y dijo: «¡Tú! ¿cuánto dinero tienes en el bolsillo?» y dice, «¿Te gustaría que alguien te lo birlase? Dice, «No». Y dice, «¿tiene alguien algo que decir?» «sí, coño, déjanos ir» [en voz baja] «Deberías decir lo siento, dice, si algo queda sin devolver, si falta un solo dardo, vosotros lo tendréis». Benny Bones tenía dos rifles de aire en su casa, Steve tenía un tirachinas y una navaja y yo tenía dos navajas en casa, y dice «¡como falte algo!».

(...)

Joey.— Estuve por ahí toda la noche [robando bolsos], emborrachándome y gastando el dinero y en lugar de sentarme allí, haciéndomelo bien, poniendo la mano debajo, detrás del asiento, me levanté, me levanté y me arrodillé, enseñando todo y esa perica vuelve y me dice, «¿qué estás haciendo aquí?». Y le dije «vaya, se me han caído dos chelines», y entonces se me acercó y me marché corriendo al otro lado de la discoteca. Fue y se lo dijo a los polis, y la poli me esperó fuera en los servicios. Cuando salí me metieron allí y tuve que sacar todo el dinero. Dijo que le había levantado cuatro libras, y era mentira porque sólo le levanté tres, y me había gastado casi la mitad, tenía sólo una libra. Si hubiera tenido cuatro papeles, aunque hubieran sido suyos, creo que me la hubieran jugado. No tenía suficiente dinero así que no pudieron hacerme nada.

Cuando el objetivo es la escuela hay un incremento de la emoción, del desafío a la autoridad, de entusiasmo en asumir riesgos bien calculados y de hacer dinero. Además de ser un insulto directo a los profesores, también te aleja absolutamente de los «pringaos», quienes no tienen ni necesidad de dinero extra, ni la imaginación para sobrepasar la moralidad convencional ni la inteligencia y la elegancia para llevar a cabo la hazaña. Allanar la escuela añade muchos elementos cruciales: oposición, emoción, exclusividad y el camino hacia el dinero:

X.— No veía manera de que nos pudieran ligar [cuando penetraron en la escuela hacía ya cierto tiempo]. Me imagino cómo

pudieron pillar a los otros [la escuela había sido recientemente allanada], tiraron una puerta abajo y entraron. Había huellas de pisadas por todos los lados, rompieron una ventana y se cagaron en todos los sitios y tiraron los libros...

Y.— Quiero decir que nosotros llevábamos guantes y antes de salir de su casa nos vaciamos los bolsillos para asegurarnos de que no habría nada que nos identificase. Dejé todas mis cosas en su casa, como él, entonces nos pusimos un jersey marrón, yo me puse unos vaqueros, guantes, ¿sabes?, y él iba totalmente de negro.

X.— Todo negro, con betún en la cara [Risas].

Y.— No. Íbamos, ¿verdad? Cogimos el betún de tu casa, íbamos para allá, pero nos lo pensamos.

PW.— ¿Estábais nerviosos cuando lo estábais haciendo?

Y.— Sí.

X.— Bien. Así ¿sabes? [Temblando]. Porque es... eh... ¿sabes?, yo siempre he birlado carteras, vi dos bobbies por ahí y me fui, pero nunca había hecho algo como esto antes. ¡Me lo pasé bomba!

Y.— ¡Y yo, divertido de verdad!

X.— Y después al volver nos partíamos de risa, ¿verdad? Era, ¿sabes?, que lo habíamos hecho a la perfección.

Y.— Y estuvimos en el jodido «Fountain», ¿verdad? La terminamos de coger en el «Old Boat».

X.— Sí... yo ahorré diez chelines para la pista de hielo, ¿te acuerdas?

– Sí.

PW.— ¿Porqué queríais allanar la escuela antes que cualquier otra cosa?

Y.— No teníamos un puto chavo (...).

X.— Conocíamos la escuela bien y si tratas de allanar cualquier otra cosa, como una casa, y eso, ¿sabes?, no estamos seguros de si hay alguien dentro, es un poco peligroso, sabes lo que quiero decir, pero en la escuela no hay nadie durmiendo, sabes que casi no hay modo de que te liguen.

Sexismo

Hay otros dos grupos frente a los cuales se define la exclusividad de «los colegas», y por medio de los cuales su propio sentido de superioridad se manifiesta: las chicas y las minorías étnicas.

Las actitudes más matizadas y complejas se reservan para el sexo opuesto. Hay un conflicto tradicional en su visión de las mujeres: son al mismo tiempo objetos sexuales y elementos domésticos. En esencia significa que mientras que las mujeres deben ser sexualmente atractivas, no pueden ser sexualmente experimentadas.

Ciertamente el deseo es claro por parte de «los colegas». Son temas frecuentes de conversación historias lascivas de conquistas o bromas acerca de la pasividad de las mujeres o sobre la particular naturaleza sexual de los hombres. Siempre en su *propia* experiencia, y no la de la chica o su relación compartida, el centro de las historias. A las chicas no se les permite una identidad particular excepto en su atractivo sexual:

> X.— Estaba en la fiesta enrollándome con esa perica, y la estaba metiendo mano cuando de repente siento una mano en el nabo, trasegándome... Pensé, «jodé, ya estamos», y traté de meterle la mano en sus bragas, pero me detuvo... Pensé, «Es cachondo, ella me la está tocando y a mí no me deja bajarle las bragas». Cuando volvíamos a casa, Joey me dijo, «¿Qué tal te lo montaste con esa perica, te la estaba tocando?». Y le digo, «Sí, ¿cómo lo sabes?». Y me dice, «¡No era ella, era yo que estaba detrás de tí poniéndote la mano entre las piernas!» [Risas].
>
> Y.— Nunca me molesto [en usar anticonceptivos], creo que debo ser infértil, la cantidad de veces que me he corrido dentro, no me molesto, ¿sabes?... No quiero sacarla, aunque a veces me corro antes. Te peleas con la tía, luchas para hacerlo, y le quitas las bragas, y estás a punto de acabar [haciendo una demostración, manoseándo la bragueta con las piernas abiertas] y ¡puf! [se acaba la demostración] te corres totalmente, es de verdad terrible (*).

Aunque son sus objetos, la sexualidad franca y explícita se niega a las mujeres. Hay aquí un complejo sexual, una mercancía, que es de hecho despreciada por su sexo, es literalmente de menor valor, es consumida en parte románticamente y en parte materialmente. Sentir entusiasmo por un ser inferior es auto-destructivo. Por otro lado, en un incompleto reconocimiento de la sexualidad humana que han suprimido, existe el miedo a que una vez que una chica ha tenido experiencias sexuales y ha disfrutado del sexo, las compuertas de su deseo se abran y caiga en la promiscuidad.

> Y.— Después que has estado con una de esas, después de habértelo hecho, después son unas guarras, se van con cualquiera. Creo que una vez que se lo han hecho, lo quieren siempre, sin importarles con quién.

Ciertamente la reputación de las «tías fáciles» —merecida o no— se extiende rápidamente. «Los colegas» van detrás de la «tía fácil» en las discotecas, aunque se lo piensan dos veces antes de dejarse ver saliendo con ellas.

La «novia» es una categoría muy distinta de la «tía fácil». Representa el valor humano que es malgastado por la promiscuidad. Es la compañera doméstica leal. No se puede esperar de ella que tenga experiencia sexual o por lo menos con otros. Las historias que puedan correr acerca de las aventuras sexuales de «la parien-

(*) En español en el original. (N. del T.)

ta» son un desafío de primer orden a la masculinidad y al orgullo. Tienen que ser respondidas de un modo masculino:

> [En una discusión individual].
> X.— Seguía diciendo cosas, salía antes con mi parienta, y seguía diciendo cosas que no me gustaban, y ya sabes, y me terminó de cansar... no aprenderá la jodida lección, hace algo, dice algo, bien, le sacudí una hostia y no me la devolvió, se fue corriendo como un maricón, luego dijo algo más (...) no ha vuelto a la escuela desde el viernes (...) cuando le coja al jodido me lo voy a cargar, como le pille es hombre muerto.

El cortejo es un asunto serio. La anticipación común en llamar novias a «las parientas» no es accidental entre «los colegas». Una nueva variedad de significados y connotaciones entran en juego durante el cortejo serio. Su referente es el hogar: dependencia y domesticidad —lo opuesto a la perica sexy. Si la atracción inicial se basa en el sexo, el acuerdo final se basa en una extraña negación del sexo —una negación, principalmente, por supuesto, de la sexualidad de la chica para los demás, pero también de la sexualidad como rasgo dominante en su propia relación. La posible promiscuidad es firmemente controlada por el ámbito doméstico.

> [En una entrevista individual].
> Spike.— (...) Me llevo bien con esa perica, salgo con ella desde hace dieciocho meses. Es estupenda. No sería capaz de fijarse en ningún otro tío. Está muy bien, es limpia. Le gusta hacer el jodido trabajo de la casa. Los pantalones que llevaba ayer, se los di anoche y me los ha arreglado (...) Es estupenda y me casaré con ella en cuanto pueda.

El prototipo de novia es, por supuesto, la madre y es fundamentalmente un modelo de limitación. Aunque hay una gran cantidad de afecto por la «mamá», ésta es situada en un papel inferior: «Es un poco tonta, nunca se entera de lo que pasa», «no se entera de esto, como mi papá», y dentro del hogar hay un claro sentimiento de que los hombres tienen derecho a ser atendidos por la madre:

> [En una entrevista individual].
> Spansky.— (...) no hay que hacerlo, no hay que ayudar a tu madre en casa. Vale que pongas en orden tus zapatos y que cuelgues la chaqueta, pero no limpiar y dar betún y hacer las camas y (...) es su trabajo.

Entre las chicas de la clase obrera la resolución de esta contradicción entre ser sexualmente deseable pero no sexualmente experimentada conduce a un comportamiento que fortalece el sentimiento de superioridad de «los colegas». Esta resolución adopta la forma de un romanticismo alimentado por las revistas de adolescentes. Se centra en el «estrujamiento» y la sublimación del sentimiento sexual en la conversación, los rumores y el intercambio de mensajes dentro del círculo protector del grupo informal de mujeres[5]. Esto no significa que nunca haya sexo —claramente lo hay en una gran proporción— sino que la forma social dominante de su relación con los chicos consiste en ser sexy, pero de un modo aniñado, como si se tratase del último día de amor, lo que queda lejos de ser una proposición sexual real. El estímulo sexual claro que atrae en primer lugar al chico puede, de este modo, convertirse en los valores respetables de la sumisión hogareña y monógama. Si alguna vez algún pensamiento paranoico golpea al chico que, habiéndose convertido en «un hombre», porqué no podrían hacerlo los otros, puede tranquilizarse con la idea de, «ella no es así, es dulce». De este modo, sin embargo, el romanticismo rompe lo sexual en una sociedad patriarcal. Permite una representación sexual, ser sexy pero no sexual.

Lo que «los colegas» ven del comportamiento romántico que en parte han condicionado en las chicas, sin embargo, es una simple timidez, una debilidad y una absurda falta de franqueza en las relaciones sociales: «las putas están siempre riéndose». Una vez que las chicas han abandonado lo enérgico y lo sexual, dejan el camino abierto para los chicos. Son ellos quienes empiezan la comedia y quienes toman la iniciativa, el machismo (*), de la conducta sexual. No tienen reservas en poner en claro sus intenciones o de disfrutar una faceta de su sexualidad. Sin embargo, la desarrollan como un aspecto de su inherente superioridad que puede ser sincera y directa y desmitificada con respecto a sus deseos. Las contorsiones y extraños rituales de las chicas se contemplan como parte de su estado infantil, de su inherente debilidad y confusión. Su romanticismo se contempla con una cómplice masculinidad que en privado cree conocer mucho más acerca del mundo. Este sentimiento de orgullo masculino se extiende a la confianza expresiva del resto de la cultura de «los colegas». Añade entusiasmo a su lenguaje, a sus relaciones físicas y turbulentas con los demás con la humillación de los «pringaos» e incluso la exhibición de un estilo de violencia.

La combinación de estos varios factores concede un especial tono a la interacción entre los sexos. Normalmente son «los colegas» quienes toman la iniciativa en la conversación y hacen comentarios sugerentes. Las chicas responden con risas sofocadas y hablan entre ellas. Cuando las chicas hacen comentarios suelen ser de naturaleza seria, preocupada o humana. Para «los colegas» se dejan las bromas, los comentarios picantes, las historias abrasivas y la creación de un espectáculo que sea apreciado por las chicas. Las

[5] El campo de trabajo en el principal estudio se centró en los chicos de una escuela sólo para varones. Sin embargo, al lado había una escuela de chicas, y «los colegas» a menudo hablaban con grupos de ellas en el parque a la hora de comer. Angela Macrobbie fue la primera persona en sugerirme el papel fundamental del romanticismo en la experiencia de las chicas de la clase obrera.

(*) En español en el original (N. del T.).

chicas son claramente dominadas, sin embargo colaboran en su propia dominación.

[Un grupo mixto «hablando por los codos» a la hora de comer].
Joan.— Voy a empezar a gritar esta noche, es lo último.
Bill.— Te quedan sólo dos semanas de estar aquí, vamos a reírnos cuando te vayas (..).
Joan.— Me gusta tu jersey.
Bill.— ¡Te puedes meter dentro si te apetece!
Will.— No te fastidia ver a esas viejas con vendas en los tobillos.
Mary.— Yo no llevo y no estoy gorda.
Will.— No digo que lo estés, digo que me fastidia.
Bill.— Le voy a mangar a Mary sus pitillos y fumármelos todos. [Risas].
(...)
Eddie.— Es hora de que volváis a la escuela, vamos. [Risas y murmullos acerca de alguien a quién le «gusta» Eddie]. Estas zorras hablan de ti a tus espaldas, mis oídos están ardiendo. [Eructo de uno de «los colegas»].
Maggie.— Oh, cerdo, cállate.
Bill.— [Repartiendo cigarros] ¿Quieres?
Maggie.— No, gracias, tengo uno entero.
Bill.— ¡Le gustan enteros! Tiene uno entero, pregúntale, te va a echar una ojeada.
El resto.— [Cantando] Tiene uno entero, tiene uno entero... [Bill se quita la chaqueta].
Eddie.— Sácalo.
Bill.— [A Mary] ¿Has sacado alguno?
Will.— He sacado dos hoy [risas]. ¿Quieres sacar uno? [A Maggie].
Maggie.— Cacho cabrón.
Will.— Me refería a tu chaqueta. *

De modo interesado, esta clase de bromas pueden ser utilizadas contra la madre pero nunca contra el padre. Asume un tono más amable, que responde a lo doméstico más que a la escala sexual, pero la iniciativa, la fuerza y el tono continúan siendo iguales:

[En una discusión de grupo acerca de la familia].
Will.— (...) Le tomo el pelo, estoy tumbado por ahí, después me levanto y tal. No me dice ni pío y yo le digo, «Shrupp», digo, «Shrupp» deja de hablar» (...) Una vez me dijo, «estás más loco que una cabra», todo porque encendí el horno, un horno de gas que tenemos. Estaba en la cocina, y cerré la puerta del horno para asegurarme de que el gas no se salía, viene y me dice, «qué coños estás haciendo», y le digo, «estoy buscando mis pitillos». [Risas]. (...) Bien, estoy tumbado y me dice, tengo la radio puesta, cuando suena un buen disco y empieza a saltar y hacer ruidos como si estuviera loco.
PW.— ¿Qué piensa tu madre?
Will.— Sólo se sienta, no lo haría delante de mi padre.

PW.— ¿Por qué no?
Will.— Es que, él no... no sé, pensaría que hay algo que marcha mal, ¿sabes?, y eh, cuando no he visto a mi madre por algún tiempo, vuelvo a casa y digo «¡dame un beso, dame un beso!»... me aparta y me dice «lárgate, imbécil» (...) Lo que de verdad la vuelve loca, es que en lugar de colgar la chaqueta se la tiro en cualquier sitio o que cuando va a salir me pongo delante, cuando se mueve hacia un lado yo hago lo mismo [moviéndose a un lado y a otro] durante un rato, se vuelve de verdad loca.

Racismo

Tres grupos distintos —caucásicos, asiáticos e hindúes— son claramente visibles en la mayoría de los establecimientos escolares. Aunque se hacen contactos individuales, especialmente en el ala juvenil, los grupos étnicos están claramente separados en el cuarto año. Las divisiones son, por supuesto, más obvias en los establecimientos informales. Durante un periodo el director de la escuela permite usar bancos de clase para la formación de «grupos de amistad» durante la hora del bocadillo. Sin embargo ésta es otra variante, esta vez defensiva y acomodaticia, de la continua y sutil lucha para contener la oposición. Sus resultados, no obstante, nos demuestran los parámetros informales de una cultura racial subyacente y a veces oculta por las estructuras oficiales de la escuela.

Director de la escuela.— Tenemos a los Martins (Bill), Croft (Joey), Rustin, Roberts (Will), Peterson (Eddie), Jeffs (Fuzz) y Barnes (Spike) en la clase europea. Bucknor, Grant, Samuels, Spence en la clase hindú y Singh, Rajit y compañía en la clase asiática. ¡Se acabó la integración! Hay tres clases distintas. Vas a la clase de los blancos y probablemente te sentarás y te servirán una taza de té. Vas a la clase de los hindúes y están todos jugando a las cartas y chillándose entre sí, y después vas a la clase de los hindúes orientales y están bailando. En la clase de los hindúes orientales están como pateando, retorciéndose.

Desde el punto de vista de «los colegas» esta separación se experimenta seguramente como un rechazo de los otros. Hay una frecuente violencia verbal, cuando no real contra «los jodidos hindúes» o los «bastardos pakis». El simple hecho del diferente color de la piel puede ser suficiente para justificar un ataque o una intimidación. Una clara demarcación entre los grupos y una visión despectiva de los otros tipos raciales se asume de un modo simple como base para actuar de ese modo y para otra acción: es una forma cotidiana de conocimiento en uso.

Spansky.— Lo hemos intentado con los jamaicanos, porque como sabes somos más numerosos que ellos. No queremos pe-

learnos con ellos cuando están todos juntos. Somos más que ellos.

Spike.— Aunque estaban todos allí.

Spansky.— Estaban todo allí, pero la mitad de ellos se abrieron, sólo quedaban dos. Cuatro de nosotros cogimos a uno.

Joey.— Ninguno de nosotros recibió un sólo golpe... fue chachi de verdad.

La identidad racial de «los colegas» suplanta su identidad individual de modo que las historias que se cuentan a los amigos se refieren no a «este chaval» sino a «este hindú». En Hammertown Boys hay una creciente y preocupante tensión entre los grupos étnicos, particularmente entre los caucásicos y los asiáticos, que a veces desemboca en violencia. Entonces el jefe de estudios los lleva a todos al salón de actos y les sermonea, pero esto sólo suprime la expresión inmediata de la aversión:

[En un grupo de discusión acerca de los recientes disturbios en la escuela].

Joey.— Una vez incluso empezó a hablar [el jefe de estudios en el salón de actos después de un incidente] de la guerra israelí, «así es como empiezan las guerras... Dejadlo».

PW.— (...) ¿os convenció algo?

Joey.— Mientras él estaba hablando nosotros estábamos pensando, «bien, negro hijo de puta, la próxima vez que empieces, te sacudiremos»— lo haremos.

Esta curiosa disposición auto-justificada para expresar y actuar con aversión es reforzada por lo que «los colegas» interpretan como una actitud de connivencia de los profesores sin importar lo que públicamente se diga. Quizás se trate incluso de un efecto inconsciente y ciertamente, donde el racismo existe entre los profesores este es mucho menos virulento que el de la cultura contraescolar. Hay, sin embargo, muchísima menos simpatía y relación entre los profesores (mayoritariamente blancos) y las minorías étnicas que entre los profesores y los alumnos blancos. En un reflejo cultural casi automático las minorías son contempladas como extrañas y menos civilizadas —no toman «té», sino «que se gritan entre ellos» y «patean». Ciertamente es bastante explícito el que la mayor parte de los profesores asocien la inmigración masiva de la década de los sesenta con la ruptura del «orden y de la tranquilidad» de la década de los cincuenta y de lo que es contemplado cada vez más retrospectivamente como sus pacíficas y exitosas escuelas. Tanto «los colegas» como los profesores comparten, por lo tanto, un sentimiento en sus diferentes maneras de resentimiento contra el desconcertante intruso. El racismo entre «los colegas» suministra un doble soporte para sus actitudes hostiles. Lo informal es apoyado, por una vez, al menos por el fantasma de lo formal.

El racismo de la cultura contraescolar es estructurado por estereotipos reificados aunque algo diferenciados. Los asiáticos son lo peor y a menudo son objeto de una mezquina intimidación, de pequeños ataques importunos y de los golpes físicos y simbólicos a los puntos débiles o desprotegidos en que se especializan «los colegas». A los asiáticos se los categoriza como extraños, «malolientes» y probablemente «sucios» y como seres que comparten algunas de las características más odiadas de los «pringaos». Son doblemente rechazados por la manera en que parecen simultáneamente cercanos y lejanos de los modelos culturales ingleses. Son intrusos que desconocen cuál es su sitio e intentan quedarse en el que no es el suyo pero que de cualquier modo son rechazados por otros motivos.

Los hindúes orientales resultan mejor parados de la mano de «los colegas». Aunque son identificados como «extranjeros», a veces como «malolientes» y probablemente «sucios» y todo «lo demás», al menos se ajustan a la topografía cultural de un modo algo más consistente. Su falta de conformismo en el logro es contemplado como más apropiado a su bajo status y algunos aspectos de su cultura oposicional, masculina y agresiva concuerdan con la de «los colegas». Hay alguna interacción limitada, entre varones en cualquier caso, en el terreno de los intereses culturales compartidos de «salir», de la reputación, del baile, del «soul», del Rock y del «reggae». La combinación de la aversión racial junto con los intereses culturales compartidos introduce, sin embargo, un grado mayor de tensión en el área de las relaciones sexuales donde «los colegas» padecen una rivalidad sexual directa y celos, así como un sentimiento general de sospecha de las intenciones y prácticas sexuales de los hindúes orientales varones —irónico, por supuesto, a la luz de sus propias actitudes francamente instrumentales y explotadoras. Sin embargo, «los colegas» son apenas conscientes y de un modo inarticulado de que tienen que respetar, al menos en cierta fase del «cortejo», ciertas normas no escritas de des-sexualización y de monogamia que no se dan en la cultura de la India Oriental.

A los elementos de este estilo envidiable y de sospechoso tratamiento de las mujeres se añade finalmente una noción de la pretendida estupidez de los hindúes orientales. «Los colegas» tienen sus propias ideas de lo que constituye la «inteligencia» y la «imbecilidad» y el extremo más común exterior a sus propios círculos de censuras y bromas se convierte en su opuesto, la «imbecilidad», en los hindúes orientales. Para los «pringaos» hay al menos un grado de ambigüedad acerca de tales cargos, pero los «moros» pueden ser con toda seguridad despreciados como «estúpidos», «empanados», y «cabezas-duras». Esta variedad de prejuicios es real y virulenta y potencialmente explosiva en el terreno sexual, pero en algunos sentidos es más confortable para «los colegas» que la lista de prejuicios proyectados sobre los asiáticos.